

AMERICA

Nos. 19 y 20



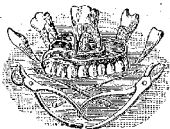
Valor \$ 0,60

AMÉRICA

Contenido de los Núms. 19 y 20

POESIAS:—Augusto Arias, *El Romance de Mariana de Jesús*.—Hugo Moncayo, *San Francisco de Quito*.—Jorge Carrera Andrade, *Oarystis*.—Telmo N. Vaca, *Canto a Juan Montalvo*.—Antonio Montalvo, *Poemas*.—Delio Ortiz, *Almas*.—Carlos Préndez Saldías, *Poemas*.—Palemón Estilita, *Flores... Estrellas...*

PROSAS:—Isaac J. Barrera, *Eduardo Mera*.—Eduardo Mera, *Una Ríñra de Gallos*.—Alejandro Andrade Coello, *El Escritor Cubano Emilio Bobadilla*.—Victor J. Guevara, *La Supranacionalización de la Prensa*.—Fernando Chávez, *Los Toros*.—Clara Bartolomei, *Hernandad de Espiritus*.—Jorge Calzada, *Leyendo a Montalvo*.—Mannel Ugarte, *Manifiesto a la Juventud Latino-Americana*.—María Esther Valdivieso, *Poemas en prosa*.—Luis F. Torres, *Aguilas de Ensueño*.—Julio P. Mera, *Cuentos Regionales—La Anchetta*.—Ósasar A. Naveda, *La Medicina y la Pintura Holandesa*.—Ben Omar, *Las Tres Madres*.—Juan Illingworth, *La Mentira Sospechosa—Bibliografía*.



Francisco Alvarez Pérez
Cirujano-Dentista

Nuevos progresos en el Arte Dental:
dentaduras de bella apariencia, que evitan
el repugnante color del caucho.

Calle Venezuela Núm. 51

TELEFONO 6-1

INVITAMOS

a los escritores y poetas nacionales y extranjeros a colaborar en esta Revista.

La correspondencia debe dirigirse:

Sr. Director de "América"

Apartado Núm. 75

Quito-Ecuador, S. A.

FABRICAS DE TEJIDOS DE JACINTO JIJON Y CAAMAÑO

ARTICULOS DE ALGODON :

Casinetes — Camisetas — Calzoncillos — Calcetines —
Cotín — Chamelote. — Driles — Franelas — Hilos — Lien-
zos — Lonas — Limpiones — Manteles — Medias — Pa-
ñolones — Satines — Servilletas — Sobrecamas — Tela
afelpada — Tela de guardas para pisos y macanas — Tela
para sábanas, manteles y cortinas — Toallas y otros
artículos más.

TEJIDOS DE LANA :

Bayetas — Casimires gran surtido — Cobijas — Fra-
nelas — Gualdrapas — Jerga — Ponchos con y sin fleco.
— Pañolones enteros y de media hoja — Mantas de viaje,
etc. etc.

BOTONES DE TAGUA :

PRECIOS sin competencia — Calidad Superior. —
Tinturas firmes.

DEPOSITO :

ALMACÉN, CARRERA SUCRE N^o 9.

AGENCIAS :

EN Latacunga, Ambato, Riobamba, Alausí, Cuenca,
Guayaquil y Manta.

Cuatro Revistas Valiosas

EL FIGARO

REVISTA UNIVERSAL ILUSTRADA

Director y Subdirector:

Dr. Ramón A. Catala y René Lufriu

Administrador:

Francisco Bustillo

San Ignacio 52.—Apartado Núm. 369

Habana—Cuba

CULTURA VENEZOLANA

REVISTA MENSUAL

Director:

José A. Tagliaferro

Administrador:

Ernesto Spinetti

Verves a Jesuítas 14.—Apartado Núm. 293

Caracas—Venezuela

SAGITARIO

REVISTA DE HUMANIDADES

Dirigida por

Carlos A. Amaya

Julio V. González

y *Carlos Sánchez Viamente*

Secretario:

Pedro A. Verde Tello

Avenida 53.—Núm. 538

La Plata—Argentina

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS, ARTE, HISTORIA,
FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Directores:

Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti

Secretario:

Emilio Suárez Calimam

Libertad 747.—U. T. (41) 3.354, Plaza

Buenos Aires—Argentina

**“Ardor
en la boca
del
estómago”**

Sabe Ud.
lo que
indica

Indica que Ud. sufre de “hipercloridia,” esto es, que su estómago produce más ácido clorhídrico del necesario y que ese exceso de ácido impide que la digestión se efectúe debidamente.

**Sabe cómo
se evita?**

Tomando después de las comidas una cucharadita de

**LECHE DE
MAGNESIA DE
PHILLIPS**

que es el “antiácido” por excelencia, prescrito desde hace medio siglo. Evita también los eructos agrios, los gases y demás síntomas de la hipercloridia.

La Leche de Magnesia de Phillips es el laxante ideal para los niños y personas delicadas. No hay médico que no la recomiende.

¡MADRES!—La Leche de Magnesia de Phillips es cincuenta veces más efectiva que el Agua de Cal para impedir que el alimento se “agrie y cuaje” en el estómago causando al niño cólicos, vómitos y estreñimiento.

LIBROS NUEVOS

Arguelles (R),	Miembros artificiales	12,00	Ptas.
Benedito:	Como se enseña el canto y la música.	1,00	,,
Brentano:	El origen del conocimiento moral ...	3,50	,,
Ebray:	La Paz Turbia.....	6,00	,,
Juarros:	Los senderos de la locura	6,00	,,
Osty:	Una facultad de conocimiento supra- normal	5,00	,,
Recaséns (I),	Diagnóstico bibliógico de la gestación	5,00	,,
Sensat:	Como se enseña la economía domés- tica	1,00	,,
Stoddard:	La rebeldía contra la civilización ...	7,00	,,
Valera:	Las ilusiones del Dr. Faustino, dos tomos.	10,00	,,
Wells:	La dama del mar.....	5,00	,,

O. Spengler

La Decadencia de Occidente

Tomo IV y último de esta obra la más sensacional escrita en este siglo, 9 ptas. en rústica.

Comandantes: Gallarza y Loriga

El Vuelo Madrid-Manila

5 ptas;

A. Danvila:

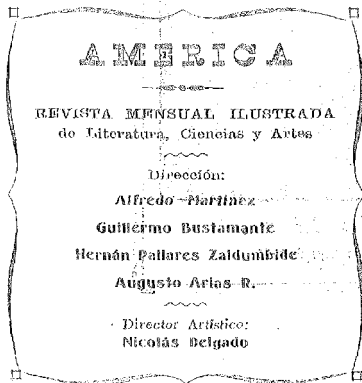
La Princesa de los Ursinos

Nueva novela de la serie Las Luchas Fratricidas de España.—5 ptas.

Pida el Catálogo ilustrado por Bagaría en su librero o a

ESPASA-CALPE

Ríos Rosas 24.—Madrid.—España





Eduardo Mera

Fallecido el 20 de Mayo de 1926

Año II

Literatura,
Ciencias y Artes

AMERICA

REVISTA MENSUAL
ILUSTRADA

Nos. 19 y 20

MAYO y JUNIO
Quito-Ecuador-1927

EDUARDO MERA

✚ POR mucha que sea la displicencia pública para todo aquello que se refiere a la literatura, el nombre de Eduardo Mera no ha podido ser relegado a la indiferencia, pues que, además de su labor periodística y literaria, sus contemporáneos tienen que recordarle por la dúctil riqueza de ingenio y por la prodigalidad al esparcirla chispeante y regocijada para provocar la risa sana, alegre y optimista. Y sin embargo, Eduardo no era un hombre feliz. Una vez más venía a comprobarse lo observado respecto de que los excitadores de alegría son íntimamente tristes. Muy pronto fué aquejado de una grave enfermedad y entonces su trabajo de literato hizo entre la angustia de la dolencia y el deseo de sobrevivir dejando la obra que hiciera perdurar su memoria.

EDUARDO MERA, como todos los hijos de don Juan León, recibió una instrucción ampliamente literaria, artística: fué literato por inclinación, por vocación; difícilmente pudo haber sido otra cosa. Y así, sus labores se circunscribieron a ambular de las redacciones de periódicos a las asociaciones literarias. Alguna vez sufrió los riesgos del oficio de periodista y marchó al destierro.

FUE mucho después de su regreso cuando publicó *Serraniegas*, hermosa colección de cuentos editados con el auxilio de la Sociedad Jurídico-Literaria. Pero a poco tiempo, tuvo que dejar la capital ecuatoriana para reintegrarse a la tierra vernácula, a la célebre quinta de Atocha, que con la de *La Liria*, tiene que ocupar puesto importante en nuestra literatura. En Atocha han vivido los Meras y en *La Liria*, los Martínez, dos familias con grandes dotes de talento e ilustración.

EDUARDO MERA, cardíaco incurable, ya no podía venir a Quito sino de tarde en tarde. Sus amigos nos apresurábamos en visitarle. Subsistía entre desesperanzas, su antigua chispa, y, como antes, nos entretenía con el *cacho*, el gracejo y la anécdota popular en cuyo sentido y gracia había penetrado dándoles la extensión conveniente para el relato en el corro de amigos y para la composición del cuento literario.

EN los últimos tiempos desempeñó el cargo de Bibliotecario Municipal de Ambato y allí se consagró a escribir la continuación de *Serraniegas*. Tenía listo ya un tomo y algunas veces le oímos referir el argumento de algunos de estos cuentos listos para publicarse.

EL género ensayado por Eduardo Mera es de un americanismo *sui generis*. No es la descripción de la naturaleza y del carácter indígena solamente, sino la caricatura de sus costumbres: el amor ingenuo de nuestros campesinos se convierte en su pluma en materia de regocijo y de risa. Es la anécdota lo que va buscando: lo demás no es sino exornación, fondo y paisaje.

EN nuestra literatura tiene que ser considerado como un costumbrista de espíritu ágil y risueño. Persiguió, como hemos dicho, con delectación, la anécdota picaresca que la explotó situándola en nuestro medio campesino, con gran propiedad y colorido: no pintó la costumbre por lo que ella tuviera de pintoresca, sino con la intención de ironizar y provocar la sonrisa del lector. Su mencionado libro, *Serraniegas*, hermosa colección de cuentos y narraciones, tiene por escena la sierra ecuatoriana y vale tanto por la pintura de costumbres, muchas de ellas desaparecidas o en vías de transformarse, como por la gracia de la composición y la amenidad del estilo.

SERÍA de desear que el Municipio de su ciudad natal, que tan inteligentes manifestaciones de intelectualidad viene dando, editara el tomo de cuentos que ha quedado de este escritor muerto prematuramente, sin dejar un continuador.

Isaac J. Barrera

Una Riña de Gallos

(Fragmentos de una novela inédita)

ERMINADAS las engorrosas operaciones previas, encaminadas a dejar a los gallos en condiciones de despedazarse en el menor tiempo posible, y reducidos a un solo grupo los dos bandos, el Pintoso, con su gallo entre las manos, avanzó al centro, exclamando con un vozarrón estentóreo:

—¡Campo y anchura!

—¡Para que pase la hermosura!—le interrumpió don Mariano, que llevaba el suyo, poniéndosele al frente.

El grupo, cada vez más numeroso y apretado, que reía el chiste y hablaba de apuestas y *gabelas*, elogiando cada cual la *caja*, el pico, las plumas, el color, etc. de su favorito, se expandió a la redonda en círculos concéntricos, y, a una indicación de don Mariano, los de la primera fila se pusieron en cuclillas, para formar la cancha estirando los ponchos por delante y para que el espectáculo quedara a la vista de los de atrás. A otra señal de don Juan Pérez, que hacía de juez *ad hoc*, los *careadores* depositaron los gallos en el suelo y los impulsaron por las colas uno contra otro. Los gladiadores, como esquivando el choque, fuéronse acercando poco a poco, a pasitos menudos, hinchada la gollilla, ladeados de medio cuerpo, sacudiendo nerviosamente la cabeza y mirándose de reojo, como si ambos pensarán a la vez en caer repentina y alebosamente sobre su enemigo, para dejarle fuera de combate al comienzo mismo de la riña. Al fin el *Reo* se detuvo y tieso, erguido, aletéó estrepitosamente, enarcó el cuello y abriendo el pico levantado, lanzó al aire su grito de guerra y de fiera indomable; pero el *gallo* del Pintoso, que le miraba con el raballo del ojo y picoteaba como distraído las piedrecillas y basuras que encontraba al paso, le obligó a terminar el canto con *un gallo* desafiado, emprendiendo rápida carrera y lanzándose contra él de improviso; el *Reo* que, cantando y todo, estaba alerta, se abatió contra el suelo, dejando que su contendor pasara sobre él como un rayo; en seguida fuéronse ambos

a fondo en valiente revuelo, chocaron en el aire y cayeron entre un núbido de plumas y de polvo, a tiempo que los espectadores atronaban la plaza con sus aplausos, gritos, pronósticos, voces de aliento y batió de palmas. Tras el primer choque vinieron otros y otros con ligeras interrupciones, durante las cuales, más y más enfurecidos, los contendores flechaban la cabeza y la retiraba con presteza, mirándose cara a cara con los ojos saltones y enrojecidos por la ira, como si quisiesen despedir por ellos todo el odio que se tenían y abrazarse con él mutuamente. A poco, la ira llega al colmo y comienza un bailoteo horrible: avanzan, saltan, se entrechocan, pasan alternativamente uno sobre otro, con la cola en abanico y las patas crispadas, en las que relucen los espolones aguzados como dagas miedosas, se ciernen en el aire, suben, bajan, retroceden, fingen huir, se persiguen tenaces, alcáidos y jadeantes, se alcanzan y vuelven a chocar, vuelven a herirse, a arrancarse plumas, a desgarrarse, a destrozarse.... La sangre salta en rojas chispas a los golpes, rueda por el suelo en gotas como rubies que absorbe el polvo, corre en hilos por el pico, los ojos, el cuello ya implume y acardenalado, pende en grumos negruzcos de las plumas mechosas y tiñe las canillas trémulas. Un rato de tregua, de una tregua impuesta por el cansancio, el desahogo, la fatiga que les ahoga: quédanse frente a frente, con los picos entreabiertos, casi unidos, agrandados los ojos sanguínolentos por la falta de párpados que se han arrancado de picotazo en picotazo, viéndose, viéndose, feroz y fijamente: diríase que impotentes ya para herirse con los espolones y los picos, tratarán de despedazarse con las pupilas inflamadas.

Los espectadores, acostumbrados a mirar a sangre fría estos espectáculos, sin parar mientes en que tienen mucho de cruel, de bárbaro, de inhumano, y que han contado las heridas, los golpes, las picadas felices y desgraciadas; que no han perdido ni un solo detalle; que han aplaudido, protestado, reído y jurado a

maravilla; los espectadores, aprovechan de aquella tregua para *comentar la pelea*, doular las apuestas, ofrecer y recibir *gaberas*.

La tregua ha terminado; la riña recobrenza; la vocinglería incoherente de los jueces y apostadores sube de punto.

—¡Voy Reo! dice uno.

—¡Voy Gallino! grita otro.

—¡Carape! ¡qué pedazo de gallo!—exclama don Mariano.

—Doy doble a sencillo.

—Acepto.

—Va pagada.

—Es más grande el gallino.

—No, señor, es más ancho y nada más.

—Doy diez a cinco, ¿acepta?

—¿Suces?

—No, reales solamente.

—Van.

—Son de salida, déjenlos.

Los dos rivales, entre tanto, sordos, impacables, cada vez más furiosos y enardecidos, se devuelven golpe por golpe, herida por herida, rasguño por rasguño; tienen las patas rígidas y sucias de sangre lodosa y plumas adheridas: anhelantes, a punto de abogarse de fatiga y con la sangre que se beben, propia y ajena, ocultan la cabeza deforme bajo el ala enemiga, que cuelga lacia y trémula como un guñapo miserable, y medio vencidos por el cansancio, la ira implacable, la venganza feroz, toman aliento para empezar la lucha a muerte con más furia si cabe. Pero los jugadores, impacientes ya, les escatiman ese ratito de reposo, interrumpen esa actitud de *paz armada* y *enfurecida*.

—Careo gallo—exclama el Pintoso.

—Careo gallo—grita don Mariano. Y como contagiados los dos de la ira de los rivales, convertidos por la sangrienta y dilatada riña en la triste figura de hombres de Platón, avanzan al centro, se miran amenazantes y toman los gallos moribundos.

El grupo vuelve a dividirse en dos, y cada cual acude a ver cómo se encuentra su preferido. Y ahí es el contarles las heridas, tentarles los espolones y el pico para cerciorarse de si pueden servir aún; él levantarles los mechones de plumas para buscarles las llagas y cardenales, entre exclamaciones, comentarios, risas y chacota. El Pintoso mira a su gallo por uno y otro lado, le limpia el pico y los espolones con la esquina de su pañuelo, y abriendo una boca como la de un lobo, mete en ella la cabeza del gallo, hácele una probugada succión, escupe una bocanada de

sangre y se pone, con la mirada de un anatómico, a analizar concienzudamente ese troncho de carne hinchada, sangriento, acribillado, deforme, en el que no brilla ya sino un solo ojo rojizo.

—¡Careo gallo!

—¡Careo gallo!

Y el círculo se forma nuevamente. Los careadores sacitan los gallos por las colas y la escena de sangre reconocida más bárbara, más inhumana si cabe; porque los rivales, agonizantes ya, van a ahondarse las heridas, a agrandarse las llagas, a allargarse las contusiones y cardenales, a arrancarse los girones que cuelgan del cráneo blanquecino, a picotearse las venas que se ven latir azules y ligeras entre la carne abierta y sanguinolenta. Minutos después, los gallos, monstruosos, informes, vuelven a cesar en la lucha y se miran, se miran... diríase entonces que cansados de mondarse los cráneos, de beberse la sangre, se cominasen con las últimas maldiciones, antes de darse el golpe de gracia. En efecto, vuelven por un momento al tenaz, al implacable, al desesperante *martilleo*, y luego el más fuerte o más afortunado, toma al otro de una piltrafa, se afianza en ella y le asesta un golpe seco, horrible; el que lo recibe lanza un hipo lastimero, como un ¡ay! de angustia y de agonía, se bota por el suelo y girando aturrido tira con la cabeza levantada tres o cuatro picotazos al aire, vacila, se acuesta débilmente y clava el pico en el suelo.

—¡Le reventó el otro ojo!—prorrumpen uno batiendo palmas, y un grito de aplauso, de triunfo, se mezcla a las voces de desaliento y protesta de los que han perdido.

El moribundo se incorpora todavía y lanzando guturales y tristes estertores, busca trémulo y a tientas un asilo, un refugio donde ponerse a cubierto de los golpes incesantes que le asesta su enemigo, corriendo a su lado, tenaz e implacable, envalentonado con su triunfo.

—¡Gané gallo, carape! ¡gané gallo!—grita, ebrio de júbilo, don Mariano, mirando con cierta zaña al Pintoso, mientras su Reo victorioso, moviendo apenas las alas desplumadas y miserables, lanza al aire, ronco y entrecortado, su grito de guerra y de fiereza indomada.

El Pintoso, fuera de sí de ira, toma al infeliz derrotado, que sigue cacareando como para implorar piedad, le retuerce el cuello y lo tira muerto a los pies de don Mariano.

El Escritor Cubano Emilio Bobadilla



FIRMA el célebre crítico francés Saint-Beuve que es punto menos que imposible juzgar a conciencia una obra intelectual, sin conocer de antemano a la persona que la escribió. Martínez Sierra, que ha glosado este pensamiento, añade que, más que conocer al hombre, es necesario cerciorarse qué concepto tiene del arte y de la vida. Puntos culminantes en el ideal humano, el arte y la vida, en los espíritus disciplinados: fijan normas que alcanzan trascendentales consecuencias en los futuros destinos.

Para hablar del escritor cubano Emilio Bobadilla, es preciso analizarle en su cuádruple aspecto de cronista, crítico, novelista y poeta.

Como hombre, su temperamento, nervioso e inquisidor, le llevó por muchas regiones, en pos de almas y de verdades. Trotó por el mundo atormentado con la idea de estudiar tipos y horizontes. Sobre el escritorio pasó también largas horas en ascheo, pluma en ristre, como un Quijote que ataca a endriagos y gigantes e intenta enderezar tuertos.

Gran madrugador, era lo que se llama un artista matinal. A veces la bilis alteraba sus funciones orgánicas: el disgusto, la cólera se veían reflejados en sus actos, sobre todo cuando censuraba acremente.

Su existencia no fue distinta de su obra. . . : "la obra puede mentir; la vida no miente jamás, y obra que contradice al engendrador, podrá ser buena, podrá ser bella, pero no está viva y no puede ser eficaz".

Como cronista, emitió francamente su modo de pensar, sin miedo a los intereses creados y a las ideas que se repiten por boca de ganso, hasta que adquieren cierta consagración vulgar. Así suben endiosados muchos pigmeos: porque el pueblo maquinalmente fue reproduciendo lo que oía, sin tomarse la molestia de analizar y menos comprobar el dicho; así también son maldecidos algunos Prometeos, sin que para ellos haya una fórmula de juicio.

Un buen cronista es crítico severo de los hechos que narra, de lo que, día a día, está observando. Las impresiones modernas pasan pulverizadas: el tamiz del crítico recoge

el polvo de oro y arroja la arena despreciable.

Narraciones más o menos graciosas, pinturas más o menos patéticas, animados hilos de la sociología vertiginosa del planeta, son crónicas del minuto; pero no subsisten rara vez se vuelven a ojear esos libros que un tiempo se arrebatan de las manos, por el imperio de la moda. No pocos cronistas, actores y oradores disfrutaron de la celebridad de un par de lustros. Quizá la curiosidad del especialista o la búsqueda de alguna cita incline a recorrer de nuevo aquella crónica fugitiva. Le da solidez, consistencia, duración relativa la crítica. El carácter mismo de la crónica es pasajero: la crítica honda ha prolongado la existencia del voraz género que se engulle sucesos y los digiere mal, cuando son ligeramente masticados. Bobadilla gustaba de lecturas serias, sobre todo de ciencias físicas y naturales. Llegó a adquirir vasta ilustración, capaz de emitir apreciables juicios sobre las cosas y los hombres que desfilaron delante de sus ojos y su bisturí.

Al abrir las páginas de sus viejas crónicas, no se siente, como en casos análogos, olor a moho. No obstante la ranciedad de algunas de ellas, desde ciertos aspectos son de actualidad todavía, merced a la doctrina que puede entresacarse. Son instantes que pasaron; pero que sirven al sociólogo, al literato, al historiador, al artista.

Cautiva el desenfado con que acostumbró escribir, ajeno a los eufemismos de tantos contemporizadores y timoratos. Libre pensador, en la extensión de la palabra, no se casó con nadie: ni rancias instituciones, ni famas ungidas con óleo sagrado, ni camaradas ni camaradas.

Rompió con lo que el egoísmo humano, de una parte, y de otra la lucha por la vida, acaparan, monopolizando hasta lo que se creía libre como el aire: el pensamiento, el talento. De frente se fue contra las trépidas intelectuales y los cenáculos del aplauso recíproco.

Sucede a cada paso que estrechos círculos espirituales no permiten ni siquiera la emisión autónoma de las ideas, menos la corrección de hábitos reprobables, o la emienda del vicio de la inteligencia. Quien no pertenece a determinadas asociaciones puede ser un genio: pasará, con todo, inadvertido, porque la sociedad tal o cual no le tocó por

con las infulas de los predilectos. Irritantes son las argollas que se eslabonan en la cadena intelectual. Quien, a valientes martillazos del razonamiento, rompe el anillo es verdaderamente audaz, por más que le motejen de infeliz los pobres hombres de la comandita; parásitos que se alimentan bajo la sombra colectiva. Los del cenáculo se creen semi-dioses: los de fuera, simples mortales, o tal vez menos, porque, en el prurito de aplastar méritos, se les despoja hasta de la racionalidad, por la pedantería de quienes se sienten mortificados porque no se les aplaude ni adula, nostálgicos de miel barata.

Abatir ciertos olímpicos orgullos, proclamar acres verdades que derriben ídolos, son síntomas de imbecilidad para los hábiles monopolizadores de la fama.

¿Quién es Fulano?—Un estúpido, murmuran por ahí el odio y la envidia que jamás analizan ni razonan. No es socio de círculo determinado, no gasta epítetos altisonantes; merece la horca. ¿Cómo conjugan el recíproco verbo, matador de caracteres, yo te alabo, tú me alabas, nosotros nos alabamos!

Se ha relajado tanto la dignidad, que la moderación y la vergüenza resultan vicios. Mendigar aplausos casi es moneda corriente. Abundan las gacétilas suplicadas y los autorretratos. El engendro baladí, la revista editada a título de letras modernas, la crónica ramplona, el folleto en lenguaje enigmático, son encomiados, si no en las mismas columnas de la publicación, en la que toman parte sus autores, en el diario a que pertenece, la "canaradería". La argolla es de hierro, y el impudor igualmente, o mejor de baqueta. Va llegando el descaer a tal punto, que el autolombó es campana universal.

Otro recurso eficaz: los banquetes. Al anfitrión se le llamará genio. Las letras le este juez simulan una caricatura cínica.

Es el siglo de la inmodestia, del anuncio, de la vanagloria en grandes rótulos. Hasta el arte desinteresado agita los platillos del escándalo y repiquea sus producciones. ¿Bastan un poquillo de vergüenza a los directores de no pocos periódicos en los que así mismos se autodiocan excelencia, cuando menos. Hubo en América un personaje político nulo: subió a las alturas de la magistratura por arte de birl' b'loque. De tanto llamarle ilustre, el epíteto se convirtió en apodo burlesco, hasta que cayó del solio, como se solía un castillo de naipes. Suelen acompañar a las revistas de poro más o menos ríjitas volantes, con ruegos para que las reproduzcan. En ellas se habla de cada artículo como un tendero pondera su queso. Tan bajo es el apenas bosquejado mercantilismo, que suroja a los intelectuales de ver-

dad. Muchos libros son vit' quincallería, objetos para la exportación, consumada en ruin forma. Van precedidos de prólogos—zaguán llamo irónicamente Bobadilla, burlándose, por el contraste de los pórticos, palabras liminares y portadas de arte—de prólogos, repito, regalados por los compadres, y terminan con las rimbombantes opiniones de aquí y de allá, obtenidas a veces con gimnoticos y genuflexiones.

Bobadilla se aisló de los cenáculos, a fin de no contraer compromisos que desfigurasen sus rectas sentencias.

Anduvo por la tierra solo. Se mantuvo libre, se negó a acoger a los improvisados y conoció de lejos a las asociaciones del bombo mutuo que se alimentan de compadrazgos y caricias de camarilla. Le chocaban que adoptasen estudiantas "poses" los pedantes intelectuales que saludan como favoreciendo o perdonando la vida al misero transeunte. Mover la cabeza con aire olímpico, haber escrito cuatro versos o dirigido cualquiera revista, a media página borroncada cada mes, ¿será ascender al solio de los ungidos? ¿Bastará escurrirse por cualquier periódico, diciendo cuatro vaciedades o no diciendo nada, por aquello de los distinguos y atenuaciones, para ser llamado admirable poeta, divino vate, escritor sin igual, perillustre literato? Abundan los fáciles adjetivos, prodigados como rípios, para levantar edificios sin base. ¿Serán vicios de educación, defectos de la raza, influencias del medio ambiente, fenómenos de la lucha por la vida que se afana en sustraer méritos, a fin de posponer a los que trabajan, suplantándolos con los que sin esfuerzo ni preparación flotan como corchos? El sociólogo relativista Splenger encuentra síntomas de decadencia en el mundo, a juzgar por el arte y la literatura. El filósofo Vicoenzi se queja de que surgen los plagiaríos y hay escasez de originalidad en la juventud. En Emilio Bobadilla, como crítico, se estudian dos fases: la una, superficial, agresiva, pintoresca, de caza de vocablos y cacofonías; la otra, profunda, serena, científica, de pesca de conceptos y ritmo inferior. Caracterizan la primera—reminiscencias de los rípios de Valbuena y algunas clarinadas de Alas—sus reflejos, sus escaramanzas, sus caprirotos, triquitraques, solfocos y, sobre todo, sus "Grafomanos de América". No se atrevió a publicar el tomo segundo de este alegato violento e insultativo. A muchos de los que allí vapulea, la posterioridad ha juzgado de diverso modo. Sirva como ejemplo, en lo que atañe al Ecuador, el poeta múltiple Luis Cordero y el vibrante y descriptivo César Borja. En "Grafomanos de América" se permite llamar "indio cimarrón" a un centroamericano, como bautizó de "poeta la-

nar" a un eutoriano. Se le escapan vocablos que la cultura veda, cuando un granito de delicadeza nos inclina a derretir asperezas en las aguas del análisis. No resulta cortés ni mucho menos dispararle al mas sandio: "usted es un bruto". Esta manera de producirse ha formado escuela. Hasta ahora, ciertos descomedidos no disimulan su bilis y escriben con carbón en vez de tinta. En un moderno engendro permáno recuerdo haber leído voces que la decencia prohíbe reproducir, y no es mojigatería. Censuras de tal laya están a cien leguas de la crítica.

Bobadilla evolucionó, a medida que la madurez del juicio, los años y el estudio le presentaron al mundo desde otro prunto de vista. En "Baturrillo", su concepto de Varona, el filósofo cubano, es de otro tono. Cuando juzga a la prensa, fustigando a la de los países que escriben mal y salvando a la de Francia, sienta verdades que demuestran claramente su evolución. "Entre nosotros, dice, no hay crítica; nadie discute, nadie quiere pensar por cuenta propia. Está mas en nuestra índole admitir sin discusión las cosas que tener que discutir las para aceptarlas".

Refiriéndose al silencio de la prensa— injusticia que todavía impera— para los escritores que proclaman verdades, para los independientes, agrega: "A veces irrita esta confabulación malévola de la envidia contra el escritor autónomo que, en vez de ir al café a maldecir del prójimo, prefiere la soledad fecunda de los libros, y a la exhibición digestiva de banquetes, mas o menos literarios, "la sorda digestión de las ideas". Entre nosotros suele no alabarse sino lo mediocre o lo malo, que es un modo de rebajar lo bueno".

En naciones americanas, algunas empresas periodísticas están representadas por muchachos sin experiencia ni convicción, que borroñean a lo que salga. Común es que vendan elogios por un plato de lentejas. Así se forman corrientes de opinión erróneas, se corrompe el gusto, se desorienta la doctrina estética. Sostienen fogosas y acres polémicas por nada que favorecen a determinado círculo; mas no por averiguar si es correcta la apología en boca propia, si es permitido a los nietos alabar a los abuelos, a los sobrinos ensalzar a los tíos, a los hermanos incensar a los hermanos y a los hijos endiosar a sus padres. ¡Adiós reglas de la cortesana! El "Incensario", periódico muy acreditado, opina que cada cual es libre para hacer de su capa un sayo y caer de rodillas ante cualquier idolo. La "Delicadeza" le contesta que, es vituperio alabar a la familia, porque, siendo sangre de su sangre y huesos de sus huesos, es un suicidio moral contra la vergüenza. "Para eso está la historia, refunfuña. Déjese a ella y a los

imparciales que juzguen". "No le toca al hijo hacer la apología ni del padre eterno", agrega aquel malhumorado e intransigente diario. Con tales opiniones, los ánimos se han irritado y hay la horripilante intención de declarar la guerra santa a la Delicadeza personal, al Rubor y a la Modestia, inicios ciudadanos.

Los cubistas y los dadaistas africanos contestan que no; que muy bien se puede elevar al cubo al pariente y saturar de sahumerio al deudo, por aquello de que no hay muerto malo. Para evitar derramamiento de sangre, es casi seguro que nombrarán ámbrosos. Si hay biografía de los padres escritas por los hijos y viceversa, ¿por qué se ha de censurar que haya leañías y discursos de los huérfanos en favor de sus engendrados? Ha sido recusado el Rubor y se rumorea que el árbitro será Don Quijote. Si él no acepta, se elegirá a Rocinante.

La corrupción intelectual ha llegado a tal extremo, que hace falta temperamentos valientes como Bobadilla, críticos severos y razonadores que al pie de la letra cumplan la frase que él adoptó: "La crítica, como dijo Hartmann de la filosofía, no tiene entrañas".

Sus crónicas son críticas sintéticas. Por esto, muchas de ellas, vencerán en duración a la montaña de impresiones de viajes de cronistas barnizados, en los que todo es fulgor aparente, como el de los cuadros de Hans Makardt, que, con el transcurso de pocos años, han perdido su colorido " y parecen sombra de lo que fueron, acaso debido al defectuoso manejo de su paleta y a la clase de colores que empleaba", como observa el erudito sociólogo Ernesto Quesada. Bobadilla es novelista. Se notan dos aspectos en sus obras, que son en este género escasas: la novela de costumbres y la crítica. No es su baluarte la novela: el crítico se impone. Sabe intercalar episodios de ilustración en sus relatos. En el colorido es sobrio y exacto. "En la noche dormida", e problema desnudamente erótico prolongó la polvareda en España.

Como no pudo contentar a todos, ha dejado implacables enemigos. El pecado que menos se perdona es el que hiere la vanidad. Recibió palizas físicas y morales. Se le llamo hasta pobre diablo. ¿Pobre diablo Bobadilla?

Emilio Bobadilla iba muy honrosamente de braco con los más enconpetados escritores de España, inclusive Martínez Ruiz, so pesador de la fama de los clásicos. ¿Quo no? Pruebas al canto. Azorin, en su fresco libro "Valores Literarios", confiesa que ha modelado su espíritu en la obra crítica de Bobadilla, y después de aclamarle como culto, erudito, amante de la ciencia y entu-

siasta por la experimentación, añade: "A Bobadilla debe la moderna cultura literaria española muchas de las ideas que hoy, entre los jóvenes, andan en circulación. Su obra crítica es paralela a la de Leopoldo Alas. Se podría hacer (y habrá de hacerse) un catálogo de las ideas nuevas que la generación actual debe a Clarín y a Pray Candil. Los dos han contribuido poderosamente a renovar la sensibilidad artística española. Han enseñado a pensar... y a sentir".

Azorín es autoridad, pese a Casares.

El Bobadilla de la juventud no fue el mismo de los años maduros. Crítico psicológico y fisiológico, narrador ameno, despejado, novelador arduo, cronista sosegado e ilustrativo, observador profundo en sus numerosos andanzas, espíritu inquieto, fue buque de sólida envergadura que anduvo de un contin a otro, por los mares de la actualidad literaria y de la ideología que hundió fanatismos.

Escritor complejo, supa transmitirnos la emoción del paisaje y dar al romance erótico cierta novedad muy distante de la pornografía. Curioso de la marcha de las almas, se mostró neurótico en varios momentos y hasta matón. Como cronista, su investigación amena reprodujo sin miedo lo que, calle arriba, acera abajo, vió en París principalmente, al poner en la ciudad cosmopolita su planta de peregrino infatigable, que pocas veces volteó su capucha para sentarse a descansar a la sombra propicia de algún árbol de su patria.

Algo he dicho de su nerviosa dualidad crítica: antaño a la antigua, policial, diré así, de gracejo y arremetida feroz, mortificante, demoleadora, que le valió represalia cruel, con la añadidura de disgustos y duelos; hogaño, científica, basada en hechos biológicos, comprendiendo en ella a la fisiología y al estudio psicológico. Odiado por mucha gente, le hicieron el vacío. No conozco arma tan conquistadora de enemigos como la que hiere el amor propio. Proclamar la desnuda verdad acarrea infinitas dificultades. Para los temperamentos menguados, más cómodo es sonreír a todo el mundo. Señalar defectos es buscarse adversarios irreconciliables.

Cautivan los temperamentos descuidados y valientes que dan un puntapié a las mentiras convencionales, sin parapetarse tras el círculo de los compañeros, tras las trincas de los cenáculos literarios. Bobadilla, autor sin miedo, dijo, sin eufemismos, todo lo que sintió. Nada le importaron las ajenas rabiatas. Revelando estuvo férreo carácter aquella admirable prenda.

Ahora que vivimos rodeados de genios, que brotaron por generación espontánea, de eunencias consagradas por la familia y de

tipos sobrehumanos; ahora que el epíteto es vulgar y pobre para la alabanza desmedida y barata, ¿cómo seducen plumas que no son las del grajo de la fábula! Modestia es virtud pisoteada por las cofrades de la vanagloria recíproca. Nadie quiere ser aprendiz ni modesto ensayista, alumno moderado de alguna ciencia o arte. Maestros, maestros por todas partes, con la aureola de la soberbia, la mueca del desdén y las ínfulas de un sacerdocio desconcertante. Oración cotidiana, meditada cada hora, debería ser la del "cónocete a ti mismo". La gracia de la rectificación que reconoce sus extravíos, la gracia santificante que se llama humildad depuraría tantas pretensiones. Bobadilla las abatió en testas que se creían regias, en nombres que se decían intocables. He aquí su crimen, que no le perduran hasta ahora, aun después de los días del censor, ni le perdonarían los rescatidos.

Peró él no se estancó por esto. Como en su soneto "Navegación sin puerto", siguió adelante, columbrando futuros avances de la ciencia. "Puede que se descubra, dijo—¿por qué no?—que los astros a las leyes de Newton no obedecen. ¿Quién sabe! ¿Qué esos soles inmensos no son sino los astros de otros mundos ya muertos, de misteriosa clave!"

Al terminar, algunos rasgos biográficos.

Nació en Cárdenas el año 1862, según la inteligente doctora Graziella Barinaga y Ponce de León, que con prolija laboriosidad ha escrito extensa tesis sobre Bobadilla y ha comentado, siguiéndole paso a paso, las obras del múltiple autor cubano. Con el primer seudónimo de Dagoberto Mármara, ensayó su pluma festiva en un tomito de epigramas. Hijo de ilustrado profesor de Derecho Romano en la Universidad de la Habana, a los 15 años se graduó de bachiller y más tarde de doctor en leyes; pero abandonó la abogacía por las letras. Casi niño le tocó salir del terruño, pues su familia partióse para Veracruz. Unicos cargos públicos que su patria le confirió: el de Cónsul de segunda clase en Bayona en 1909 y el de primera en Biarritz en 1916, cuando su salud se hallaba muy resentida a causa de una enfermedad al estómago, debido tal vez a su abrumador trabajo de cronista.

Falleció lejos de su Isla el 2 de Enero de 1921. Doña Petra López de Biscay, en un rasgo de piedad y admiración, costó los gastos de entierro, acto que ha de volver memorable el nombre de aquella mujer. En 1910, quedó constancia de haber sido elegido miembro de número de la meritisima Academia Nacional de Artes y Letras de la Habana; pero él guardó siempre silencio acerca de este honor y "no se sintió nunca académico".

De las agrias disputas y tempestades que su pluma provocó se menciona la polémica con Leopoldo Alas, con quien le vieron batirse en duelo.

Es preciso confesar que sus epigramas no brillan por la chispa ni agudeza, como generalmente puede comprobarse en "Sal y Pimienta" y "Mostaza". El que consagró a Manuel Alfredo Casal, admirador sincero del gran poeta ecuatoriano Numa Pompilio Llona, no puede ser más desgraciado.

En sus poesías, correctamente versificadas, no brilla la inspiración ni hay riqueza de sentimiento, salvo las añoranzas de "Vórtice". Se le motejaría por lo común de frío en "Relámpagos" y "Fiebres". Los 75 sonetos que constituyen el tomo "Rojeces de Marte", publicación póstuma (Madrid, 1921) son cerebrales, ajenos a la ternura poética, no obstante los cuadros de dolor a que se refiere. Aspecto poco sabido de su vida es el cultivo del género dramático. Existe inédita una comedia de Bobadilla: "Don Severo el literato", que la calificó de "bosquejo cómico-serio".

Su tendencia crítica palpita, no sólo en los volúmenes de directo análisis artístico, sino en sus numerosas crónicas a innumerables periódicos de Cuba, España, Francia y otras naciones, y en los libros "Con la capucha vuelta", "Bulevar arriba, bulevar abajo", "Muecas" y aun en sus impresiones de erranza por dilatadas regiones del planeta. "Viajando por España" es ejemplo de lo dicho. Sus "Baturrillos" levantaron polvareda y sus "Triquitraques" el escándalo; sus "Capirotaños", no sólo produjeron escozor, sino avivaron las llagas, sus "Solfeos" pusieron en solfa a muchos gerifaltes del verso y ganos de la literatura; sus "Reflejos" no sólo quemaron a los padres Colomas (El P. Coloma y la aristocracia), sino a otras medianías y superioridades literarias. A sus "Grafomanos de América" se les maldijo. Era un placer cruel. Quitándole las groserías—insultos de marca mayor—, depurando a

la obra de ciertas exageraciones, limando sus virulencias, envestidas personales que no armonizan con la crítica literaria, el libro, no obstante lo que expuse anteriormente, contiene capítulos muy apreciables, de sutil observación, temas científicos que se esbozan, como la "Raza de Caín"; en el que analiza esta sugestiva novela de Carlos Reyles; "Cantos", consagrado al escritor argentino Calixto Oyuela, y "La Moral en el Arte" que encierra audaces pensamientos contra los mojigatos, probando como, desde muy antiguo, los grandes artistas revelaron las pasiones con crudeza, hasta con brutalidad, como Shakespeare, Cervantes, Quevedo, Rabelais, Goethe. Emilio Bobadilla, más conocido con su nombre de guerra Fray Candil, seudónimo que explicó de graciosa manera por lo de fraile y lo de quemar o arder, fue uno de los escritores modernos que más viajó, lo que indudablemente, ha contribuido a desarrollar su temperamento observador, su cultura universal y su vigorosidad para describir los panoramas.

Acaso sobre su tumba se repitan los versos que dedicó en Septiembre de 1913 a Piedad, hija del infundado poeta Zenea, "olvidado de los suyos", como Bobadilla. Así escribido desde Bayona.

"¿Qué te importa, poeta, que nadie vaya a evocar en tu fosa tu fin doliente?

Cuando el mar solitario muere en la playa,
le basta la tristeza del sol poniente.

La multitud ¿qué sabe de poesía?
la multitud tornátil, frívola, estulta,
porque el sol luce, sabe que ya es de día
y sabe que es de noche porque se oculta.

No te duela el olvido de los idiotas,
pues tu recuerdo invocan a cada instante
—cual música inefable de blandas notas—
el ave con sus trinos en la espesura,
la Luna sobre el río—visión de Dante,
y con llanto de estrellas la noche oscura."

Alejandro Andrade Celso

Quito, 1927

AGENCIA de PUBLICACIONES

P. S. R. Fernández Serrano

Acepta la Agencia de diarios y revistas de cualquier índole. Además, se encarga de la venta de obras de autores nacionales.

DIRECCION: Calle Juan Montalvo.—Machala-Ecuador

EL ROMANCE DE MARIANA DE JESUS

Poema del libro premiado con la estrella
«Isidro Ayora», en el Concurso Literario
Nacional.

LA miró Jesucristo
desde su alta ventana:
Era resplandeciente
mística y arrobada;
tenía diademada
de luz celar la frente;
claridad de mañana
brillaba en sus pupilas
como jamás se ha visto;
en su torno flotaba
como un cantar de esquílas,
en sus labios vagaba
la plácida sonrisa de los niños,
su diestra acariciaba
con pureza de virgen tierna y santa
el sueño de sus místicos cariños
y casi aérea, su planta
no hollaba la aridez de los caminos.

*
* *

LA vieron los pastores
alguna vez, a la hora de la tarde
pasar santificada, luminosa,
como un sueño de gracia entre las flores,
arrancar de las ramas una rosa
para el altar en donde se mezclaba
con palpitante resplandor de estrella
a la oración de su alma candorosa
la llama orante de los níveos cirios
cuya lumbré ascendía
dorando las corolas de los lirios
hasta bañar el rostro de María

y luego se volvía
 con el alma de Dios hecha fulgores
 para besar la frente alabastro
 de la niña que vieron los pastores
 pasar entre los huertos de la tarde
 como un sueño de gracia entre las flores.

*
 *

LA miró Jesucristo,
 desde su alta ventana.
 Jamás había visto
 más bella criatura
 surgiendo en la pureza
 de la blanca mañana;
 respiraba dulzura,
 se hacía leve al aire con su aliento
 y sobre su cabeza
 volaba un adorable pensamiento.

*
 *

LAS tres virtudes y los altos dones
 en ella estaban como en un reinado.
 Era su alma el jardín de los perdones
 y suspiraba acaso como Amado:
 "Por las espinas que me dió la vida
 rosas blancas mis manos han sembrado".
 Tenía fe la niña: fe escondida
 con la sapiencia del amor celeste
 y con tal luz su lámpara encendida
 iba a la senda del Jesús eterno
 huyendo de la tierra aridecida
 donde arde el sol y hay lágrimas de invierno!
 Su esperanza: Un anhelo sosegado
 le hacía ver un fúlgido camino
 de violetas humildes florecido
 y de eternas virtudes alfombrado;
 su puro corazón, tan desasido
 de la frágil ventura de este suelo,
 presentía al final de ese camino

abrirse en un milagro poderoso
 la escala luminosa que va al cielo.
 Tenía caridad: el amor puro
 que se desborda mágico y gozoso
 y canta en la emoción de la limosna;
 quizá Mariana iluminó el oscuro
 dolor de los que han hambre de ternura
 y los que han hambre triste de sustento,
 pues tan extraordinaria criatura
 alentaba un celeste pensamiento
 e iba a Jesús, la caridad suprema,
 forma perfecta del amor que muere
 y se abraza a una cruz, de cuyos brazos
 nacen alas eternas de poema.

*
* *

SOBRE la tierra amarga era Mariana
 una flor del jardín de los arcángeles
 así la vió Jesús esa mañana
 y quiso dar a su pasión celeste
 como a una cauda de princesa egregia
 las diestras intangibles de los ángeles;
 quiso arrancarla del dolor terrestre
 pues vió que entre las flores de este mundo
 ella se alzaba mística y radiosa
 y al amor de Jesús siempre esperaba,
 pues en la tierra todo amor inestable
 su corazón extraño no llenaba
 y por la vida estéril y mudable
 como una desterrada, transitaba.

*
* *

PASABA floreciendo de milagros
 este suelo de lágrimas. Seguía
 acendrando en su vida de plegarias
 el amor de las místicas dulzuras;
 sus labios con pasión de eucaristía
 y sus manos, dos lirios intocados

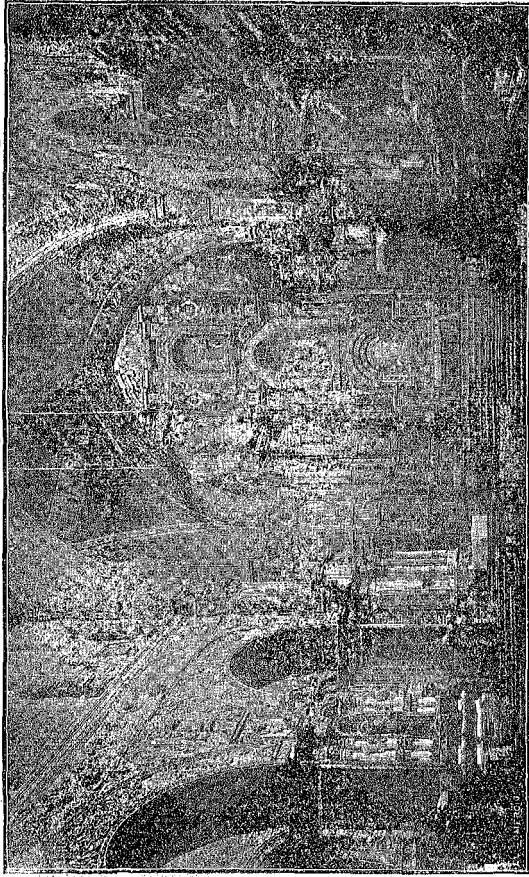
no buscaban humanas ataduras...
Así la vió Jesús, amó a la virgen
y la invitó para el supremo vuelo
pues tenía en sus ojos asombrados
todo el reflejo nítido del cielo,
y al pasar por la senda de rosales
con rumbo hacia el Jesús de los perdones,
en las espinas de la flor del mundo
dejó Mariana sus postreros dones:
desgarrando sus manos celestiales
regó su pura sangre en el camino
y en la terca aridez de las arenas
como un milagro súbito y divino
se alzó un florecimiento de azucenas.

*
* *

YA era divina la que al cielo iba
con vestidura que aquí fué terrena.
Eternidad de su alma siempre viva
que en la diestra de Dios es como un astro!
En perpetua blancura de azucena
se tornó ya su frente de alabastro
y de su corazón ha florecido
otra azucena que se dora y arde
con el fulgor orante de los cirios
que iluminaba el rostro de María
cuando Mariana la ponía flores
y era su frente hermana de los lirios,
tal como la beata aparecía
entre la luz amable de la tarde
a la santa visión de los pastores!

Augusto Arias R.

Quito—Ecuador



Interior del Templo de San Francisco.--Quito

San Francisco de Quito

EVOCACIÓN ROMÁNTICA

Poema que obtuvo la medalla de oro de la M. I. Municipalidad de Ambato en el Concurso Literario Nacional promovido por esta Revista con ocasión del XCV aniversario del nacimiento de Don Juan Montalvo.

COMO un florecimiento audaz de margaritas
en el valle celeste, lentamente brotadas,
las torres de tus templos, de perfume y de cuitas,
levantan un poema de estrofas perfumadas.

TUS calles retorcidas, de emboscada y de cita,
reclaman el chapco, el oidor, la tizona...
El portón colonial de tus casas invita
con la suave llamada de una mano temblona.

TIENES el cielo alegre, tornadizo y cambiante.
El ingenio es la noble divisa de tu casa...
Y como un áspid griego perpetúa el instante
la cáutica expresión de tu lengua que abrasa.

LETRILLAS y canciones forman tu florilegio.
Noble sal castellana, tu mejor galanura...
Y tus rotos tejados cubren el sortilegio
de tu fe, tus paisajes, tu pasión y tu altura.

LA escala en San Francisco permanece incompleta.
Canta el gallo de oro sobre la Catedral...
Y se pierde al crepúsculo una oscura silueta
que inicia una escapada al pecado mortal.

QUEMA aún en tus rejas, el cirio ante el retablo.
Bebes aún el vino que manan cinco llagas...
Aún sale de juerga por tus calles el diablo
y aún tus barrios guardan evocaciones vagas...

ALLA, en el Cucuracho, trágica sombra cruza
en busca del medroso o de la amada infiel...
Y el viento es en la noche, como una voz que azuza,
el paso tembloroso de un mágico corcel...

TRAS la cándida gracia de la humilde novena,
purifica las almas el candor del trisagio...
y enmolece una onda de oración, la serena
tertulia cotidiana en que triunfa el adagio.

SOBRE la alfombra rica que decora el estrado
la dueña de la casa, vieja dama gólosa,
el chocolate ofrece en pozuelo plateado
a su amable tertulia y al gato que retoza.

MIENTRAS de las tinajas, cae el agua filtrada,
el sereno se aleja entonando: "Las nueve"...
Las criadas reclaman una vela apagada
y una rana sedienta llora porque no llueve.

EN las torres de piedra, que eternizan un vuelo,
hallan blando hospedaje almas y golondrinas...
Y en las cóncavas cúpulas empapadas de cielo,
ensancha su plegaria tu aristocracia en ruinas.

NUNCA falta el romero que ahuyente los granizos;
tu Capilla del Robo, conserva el tabernáculo;
y aunque eres menos pródiga en divinos hechizos,
en la voz de tus frailes hay un temblor de oráculo.

LAS manos regordetas de tus niñas sazonan,
en el Corpus suntuoso, con fina dilección,
el vaso de *rosero*, sorbete en que abandonan
la hoja de naranjo, cortada en corazón.

TUS mendigos conservan esa extraña apariencia
de tronados insignes, cavilosos y austeros...
Y al extender la mano, riegan indiferencia,
recogen la moneda y escrutan los aleros...

EL Carnaval nos lleva de la mano a *hijercicios*,
— el rosario en el pecho, el labio en la canción—
Un desco inefable de vivir sacrificios
y el dulce de duraznos, oculto en el colchón.

COMO un cesto de otoño, ya no muestran las frutas
las indias ampulosas desde La Perería...
Ni hay mil manos que arrojan, como ricas virutas,
las flores al Santísimo, allá, en La Platería...

YA tus pilas de piedra emigran de tus plazas.
Ya tus amplios portales olvidan sus baldosas...
La luz de tus piedades se ha dormido en las brasas
de tus nuevos amores por las modernas cosas...

YA no rimas disparos con nobles campanadas
ni hay quien de tus prestigios la defensa reasuma.
Ya no salen tus damas, lindas y endomingadas,
a buscar el incienso que arderá en su totuma...

YA no se ve en la noche, cruzar los arrabales,
el farol del esclavo que precede al galán.
Han muerto ya esos viejos de barbas patriarcales
y las abuelas místicas que amaban a Don Juan.

SI el Quijote renace, armará una galera
para cruzar los mares su bélica arrogancia.
Aquí hallará su amada, tal como él, altanera;
y los gratos embustes de su hispana jactancia.

EI, rondar a las rejas, en las noches de luna;
el *chuchaguí* que ensalza el *cariucho* de aji;
el *timbushca* obligado, subsiguiente a la *tuna*,
y la *chicha* ambarina, regada sobre el *cwi*.

MAS, sobre todo, oh Quito, ya no ciñe la manta
el cuello de las garzas místicas de tu harén,
que era un cendal precioso, besando su garganta,
el óvalo romántico y el rizo de la sien.

YA no se ve esa prenda, por negra y transparente,
fatal y tentadora, noble y sentimental...
Era tan grato oír un corazón latente
bajo el peplo de seda de una manta oriente!...

¿Y UN bargueño tan rico, tu Belén primoroso,
y una taza de plata, para la sed de Ignacio,
—filigrana de roble, de marfil y corozo—,
no han hecho que tu fama halle corto el espacio,

halle humilde tu nombre, halle pobre tu gloria:
San Francisco de Quito: recógete en ti mismo
y si en tu filón de oro, hubiera algo de escoria,
ciega con polvo de oro, los ojos del turismo!

* * *

PAISAJES solariegos que provocan un grito
de amor en las gargantas; que despiertan un canto
de saudade en los pechos... Cuando huya al infinito
dejadme que perfore los cielos con mi llanto!

CIUDAD de los temblores, cuna de libertades,
romántico balcón suspendido en la Sierra,
arca de gentileza, espejo de ciudades,
envidia de los cielos y orgullo de la tierra!

TUS cholas remilgadas, viven policromía...
Tus líbricas guitarras, cantan coplas de amor...
Las piedras de tus calles, saben galantería...
Eres Quito un poema de piedra y de color!

Hugo Moncayo

(Vol. I vol. 2)

Quito, 1927

La Supranacionalización de la Prensa en Marcha

LA supranacionalización de la Prensa, doctrina cuya cuna se mece entre los dolores y los estremecimientos, que son el patrimonio de la actual generación azotada por el infortunio y las calamidades, va abriéndose camino con paso arrollador, desde que el que escribe estas líneas lanzara su esbozo a la publicidad.

Ha sido acogido, no sólo con ese benévolo silencio, con que se presta temerosa ayuda, a aquello, que enunciado por otros que arrostran la responsabilidad de la iniciativa, viene a formular el ansiado remedio para la común aflicción; sino repercutido con eco sonoro y resuelto en revistas y periódicos de Alemania, España, Cuba, Argentina, Uruguay, Perú, Bolivia, por ilustrados y convencidos escritores que en nutridos comentarios han desentrañado las finalidades trascendentes que contiene la teoría para la curación de parte de los males que padece la humanidad como consecuencia del encadenamiento de la palabra y de la persecución del escritor, y han interpretado e ilustrado la materia tan amplia y concienzudamente, que se impone la urgencia de llevar la Supranacionalización de la Prensa al terreno de los hechos, obteniendo se implante como institución jurídica, que por encima de las fronteras políticas de los Estados, norme las relaciones de éstos con la Prensa como Institución Mundial.

Había de ser el lugar donde la actividad mental necesita más garantías, para que en este suelo que se dice haber sido libertado por Bolívar, San Martín, Sucre, etc., de las cadenas de la esclavitud colonial, pero en que las esclavitudes económica, moral, religiosa, política y fisiológica continúan férreamente implantadas, sojuzgando la conciencia, la libertad y la salud de los hombres, brotara por espontáneo surgimiento, la doctrina destinada a asegurar a los escritores de todo el mundo, la libertad de que han menester para emitir su pensamiento sin trabas ni asechanzas.

También por lo general, donde la necesidad es mayor, es donde resulta aguzada

la inventiva que ha de acorrer con el consiguiente auxilio. Para comprobar la eficiencia del mecanismo de una institución y descubrir sus fallas, no hay como forzarla a trabajar en las condiciones más extremas y llevar sus actividades a términos simples; entonces es que resaltan las imperfecciones y se sabe qué cosa hace falta y en qué parte y cómo puede encontrarse el remedio. Otro tampoco, es el procedimiento experimental empleado por las ciencias positivas cuando son aplicadas al estudio del mejoramiento de las sociedades. Se separan los factores que toman parte en la producción de un fenómeno social, se observan las modificaciones resultantes, se procura reducir a su más sencilla expresión el complejo de que se trata, se fuerza a los elementos a rendir el máximo de su resistencia, y es así que se aprecia la influencia de cada factor y las combinaciones a que puede prestarse.

Tal sucede con las instituciones que forman el sustentáculo de los pueblos, desenvolviéndose en condiciones y términos normales, influidas y cóooperadas regularmente por los factores sociales y obligadas a ceder a la rotación de otras ruedas que engranan con ellas, se mueven al parecer con impulso propio y sin dejar nada que desear; mas es cuando por cualquier concurso fatal de las circunstancias se introduce la anomalía en la relación de los factores, y llegan a obrar aisladamente, que dan a conocer las imperfecciones o vicios de que adolecen, reclamando el resorte o el arreglo que requieren para su reintegración y habilitamiento.

Entregadas algunas desventuradas naciones en el Viejo y el Nuevo Mundo a su solo interno funcionamiento, no pudiendo intervenir por coordinación e influjo exterior, las otras colectividades del orbe, a causa de encontrarse ocupadas en una labor aplastante de reorganización post-bélica; se han puesto a girar sus mecanismos dirigentes como ruedas locas, demostrando la falencia de que habían adolecido las instituciones constitucionales sobre las que descansan las estructuras estadísticas de las naciones de la pomposa civilización blanca. En un mo-

mento dado de la evolución histórica, y en esos pueblos que acabamos de mencionar, se ha producido un experimento sociológico, que da a inducir entre otras cosas, que esa arrogante civilización, cojea fuerte y gravemente por la falta de garantías efectivas para el mejor de sus elementos de cultura, de progreso y de existencia social: el pensamiento escrito.

El pensamiento escrito para producir su bienhechor efecto en la civilización de los pueblos, como en la marcha de los gobiernos, debe estar premunido de completa libertad de acción y poder tratar los asuntos con amplia franqueza y seguridad, exento de represalias que no sean las que emanan de los derechos injustamente heridos. Únicamente a esta condición puede la palabra humana realizar su papel, y ejercerse de manera racional el gobierno de los agregados. Toda traba es una restricción indebida, toda persecución constituye un desastre. Se mata el libre examen, y sin él, nada consciente se lleva a cabo ni se obtiene acierto. Se yerra y se cae inevitablemente. Camínase a ciegas y nada de lo que se hace indica el derrotero para lo ulterior, puesto que no se han demostrado las posibles consecuencias ni señalado los peligros circundantes. La dirección de los intereses públicos, es asunto que afecta y concierne en general a los miembros de la colectividad, de suerte que todos ellos igualmente tienen el derecho de opinar y emitir sus juicios. Ciertas cuestiones por su naturaleza importantes gravitan tan profunda y decisivamente sobre los destinos comunes, que no es posible, racionalmente hablando, prescindir del dictamen y del acuerdo de los demás, mucho menos

impedir o castigar la expresión de sus ideas. Ni aún en asuntos del puro interés privado de un particular, se podría repeler y reprimir el razonable consejo emitido, dado el hecho del consorcio y cooperación social en que vive la humanidad civilizada.

En el dominio de las ciencias y de las artes, la especie humana ha alcanzado el ciclo actual de su esplendor, merced al intercambio de las ideas, verdades y descubrimientos formulados o realizados por los hombres de todas las épocas y de todas las naciones de la Tierra. La cultura y el progreso actuales, habrían sido imposibles sin ese tráfico libre y activo.

Eso de querer encerrar dentro de las fronteras nacionales la libertad de la prensa, significa desde el aspecto teórico, la negación del derecho mundial de la prensa, en aras de un primitivo y torpe egoísmo nacional, y desde el práctico, no es sino para el objeto de imponer contra la razón, la justicia y la conveniencia general, el interés parcial de las camarillas que apenas pueden sostenerse a favor de la opresión de la prensa.

La Supranacionalización, viene entonces a representar, la suprema garantía de la libertad mundial de la prensa para el beneficio general de la humanidad.

Víctor J. Guevara

N. de la R.—En ediciones posteriores reproduciremos algunos artículos del interesantísimo libro «Hacia Indolatinas, que nos obsequia el Ilustre Catedrático de Derecho Internacional de la Universidad del Cuzco, Dr. Guevara. Hoy ofrecemos el trabajo enviado galantemente para nuestra Revista.

O A R Y S T I S

OYES croar las ranas del estanque? Callada la noche habla. Eglé! cómo tiemblan tus manos y qué dulce es tu vida en esta hora estaucada! Eglé, la noche tiene el temblor de tus manos.

UNA estrella se alarga a tus brazos desnudos y a tus labios, Eglé. La noche sin orillas cómo suspira en torno de los follajes mudos! Y el corazón es barco en un mar sin orillas...

Jorge Carrera Andrade

Quito, Ecuador

LOS TOROS

Fragmento de la novela PLATA Y BRONCE que obtuvo la estrella «Isidro Ayora» en el Concurso Literario de esta Revista.

CALOR asfixiante. Las dos de la tarde. La fiesta comenzó momentos antes. Apareció en la azotea el parirón de braceo con las dos cholvas y seguidito de Hugo que se adhería a Celina y del viejo que a duras penas conseguía tenerse en pie.

Al gran patio de la hacienda, cerrado por *barreras* de gruesos *palos* de eucalipto, habían sacado los sirvientes un toro. Lindo y bravo animal negro retinto que habría asustado los ojos brillantes al ver tanta gente reunida. Allí en las gélidas quiebras del páramo donde naciera y desarrollara, él era rey soberano y no brincaba ese bichejo ridículo que le provocaba con gritos incitantes y flameando ante sus miradas atónitas la mancha roja, sangrienta de los ponchos. Poco duró la vacilación del animal. El que le atrata, le desafiaba. Arrancó levantando una nube de polvo. Con la cola en alto, los músculos distendidos y la cabeza baja en la que se acusaban los cuernos puntagudos y amenazantes, apremió. El indio torcedor le esperó a pie firme. Hurtó el cuerpo en el postrer instante, más por movimiento instintivo que por destreza y soltó el poncho que, suspendido de un cuerno, fué sacudido como una grimpola por el toro rabioso que saltaba sin concierto. Se desembarazó el bruto del poncho y después de comearlo y pisotearlo se irguió altanero, como en busca de enemigos que rematar.

Los demás indios estaban prontos. El *piro* estornó su encogimiento y su miedo ancestrales y se sentían resueltos, audaces.

Citaron al toro unos cuantos con las llamas ondulantes de los ponchos.

Borrachos, tambaleándose, fortuna que el toro no los destrozara en sus embestidas. Hacían el quite por casualidad. Ellos lo atribuyen a la intervención del milagroso "Patrón San Luis;"

Poco después, eran casi todos los indios jóvenes, los longos, los que toreadan. A los casados, las hembras les impedían exponerse al peligro. Luchaban a brazo partido, originándose más heridas de las que podía causarles el cornúpeto.

Con gritos destemplados y ensordecedores se animaban unos a otros.

De la plaza improvisada, del coso campero subían al cielo azul nubes de polvo cetrino recocido por el sol.

Se moría uno en la plaza. Calor, polvo y emociones fuertes. Con salvaje delectación el toro aporreaba a los indios que lograba cechar al suelo. Más cauto que al principio, buscaba ya los cuerpos que se le escurrían tras los trapos llamativos. Ródarón algunos indios y el toro les daba vueltas con los cuernos y les pisoteaba. Llamado a otro sitio, acudía impetuoso. Entonces se levantaba el caído como si tal, y entre vociferaciones y denuetos contra el bovino, corría nuevamente en pos de él.

Cada cogida de un indígena ocasionaba sonoras carcajadas de los blancos que presenciaban el espectáculo. — Los indios son de caucho... — murmuraba la Rita.

Enrojecido por el alcohol, desgreñado, casi feo el señorito Raúl ya ebrio, se puso a chillar.

No se le conocía. Era otro. Tan apacible de ordinario, tenía los ojos inyectados, las narices palpitantes, los labios trémulos y colgados.

— *Chayay! Chayay* (1) — gritaba dirigiéndose a los indios. Y exigía que la Antúnez ingiriera repetidas copas de whisky que el paladar poco avezado de la chola rechazaba. Raúl llegó hasta la grosería. La chola se *chumaba*. No quería ya el licor. Pero el *niño* insistía con obcecación.

(1) Chayay. — Para, resiste.

Celina observaba melancólicamente otro lado. El griterío monótono de los indios ya no la distraía.

Sacaron otro toro y lo lidiaron igual que al primero, entre rugidos y nubes de polvo. Rodaban los macizos cuerpos y ondeaban los ponchos.

Y mientras la bestia humana se refocilaba en el patio, arriba una pobre alma desterrada ardía de angustia.

Atardecía.... A través de un velo sepa de tierra se veía el disco rojizo del sol como una llaga en los anchos torsos de las montañas que se recortaban negras y distintas en la lejanía. Parecían en combustión los bosques de eucaliptos de los alcóres que estaban al poniente fronteros a la hacienda. Tras ellos se hundía el sol, y los troncos esbeltos, lisos se alzaban al cielo aureolados de fuego. Tenía una trágica belleza ese tramonto en la cordillera. Las nubes—siluetas en tinta china de monstruos fabulosos—volaban en un cielo escarlata, de fragua, con bordes azulados....

Celina miraba el ocaso con una tristeza absorbente. Suspensa, con los codos en la balastrada de la azotea, permanecía inmóvil.

Hugo a su lado se esfofzaba en vano por reanudar una deshilvanada cháchara. La maestría casi no contestaba. El agresivo paisaje tardecino le atraía. Hugo le fastidiaba. El entretenimiento de Raúl con las dos cholos, tan *fumas* ya como el señorito, le encendía fugitivas luces coléricas en las pupilas extasiadas y un rictus de repulsión en la boquita breve.

Hugo comprendió que Celina pensaba en irse. Se le escapaba de las manos esa halagüeña conquista. Por su torpeza imponderable la maestría no se enredaba en sus amorosos lazos. Al pensar en la derrota, una larga onda de rabia le enfriaba las entrañas y le subía, ya en marca encañizada, al rostro rubicundo por las libaciones copiosas.

El chocante vocerío de los indios no cesaba. El "toro de la oración" cometa desafueros. En la penumbra, su ágil figura diabólica daba saltos, brinco tremendos echando siempre al suelo algunos cuerpos achocolatados.

Aún circulaba el aguardiente. La beodez de los indios llegó al colmo. Se tumbaban en la arena del patio inertes y el toro se cebaba en los cuerpos dormidos, estrujándolos sin piedad.

Al fin el mayordomo mandó recoger el ganado.

Silbaron los lazos impelidos por las manos diestras de los cholos y se enrollaron

matemáticas en el testuz de la fiera. La arrastraron al corral. De allí condujeron a todos a los pastizales distantes, a reposar de su furia inmotivada, de su cólera animal excitada por el esperpento bípodo que no contento con tiranizar a sus congéneres, aprovecha de los instintos de los demás animales para martirizarlos. En la hierba perfumada y húmeda olvidarán los toros el patio polvoriento y los muñecos inseguros que acometieron en la tarde.

Los indios se caían en el patio, en los corredores, dormidos. Algunos lograban tomar el camino de sus chozas, pero no podrán llegar a ellas, se quedarán arribados en posturas inverosímiles en los bordes de las sendas con un fiel centinela contiguo: la mujer. El frío de la noche no los despertará de su pesado sueño de alcohol.

* *

Raúl se cansó de discretear con las cholos. El abuso del licor le había trastornado. Lo tomaba después de algún tiempo de abstención. Se fijó el señorito en la expresión de disgusto que se dibujaba en el semblante de Celina, y por agradarla, invitó:

—Vamos al salón.

—Vamos—repitió como un eco, Hugo. Lentamente se encaminaron. Las cholos *alumbradas* pusieron a Celina entre ellas y le aconsejaban que se portara *bien* con los patrones que eran gente muy noble y muy generosa. Sus palabras turbias herían los oídos de Celina que las huía con desprecio.

La Rita con los ojos semicerrados llamaba al niño Raúl con voz ronca y vacilante mientras andaba difícilmente. Se enredaba en los *centros*. Deshízose de ellos con un gesto impúdico que desató las risas de Raúl ante la exhibición de las pantorillas firmes y bruscas cubiertas por las arrugas de las medias de un rosa subido, demasiado chillón.

La Matilde tenía las ojeras más profundas, más violáceas que al principio; sus ojos relumbraban con una inextinguible llama de deseo violento y dominador, y sus manos finas, sus manos de garra, se incendiaban, trocadas en lenguas de un fuego blanco y transiéntico. Iba la chola de uno al otro niño. Se agarraba temblorosa queante al brazo robusto y ceñase al elevado cuerpo de Raúl, o se restregaba lánguida, sabia, dejándose caer casi sobre el armazón feble de Hugo que la despedía de

si sus ojos más que para Celina quien contemplaba el sol, ya occiduo, con la misma inmensa pesadumbre que cuando estuvo en la azotea.

Llegaron a la sala. Entraron las dos chodas del brazo de Raúl. Había una tenue claridad de dos bujías lacrimosas en la amplitud del salón.

—Sentarse, señores y señoritas— invitó la voz gruesa del patrón.

—Gracias, primo—repuso Hugo, por decir algo.

Las dos hermanas no interrumpían su algazara.

Celina callaba apretando sus finos labios en una mueca desdenosa. No se encontraba a gusto. Su tío no aparecía. Demasiado borracho habríase quedado en un rincón, vencido por el alcohol y el sueño, durmiendo pesadamente.

Trajeron nuevas copas. El niño ordenaba que las sirvieran con una frecuencia aterrante para Celina que las veía venir como truenos presagiadore de una tormenta contigua. La maestrita meditaba reviviendo su ensimismamiento del mirador. Era noche ya. Una noche oscura, cálida y bochornosa. El calor de la tarde formó densas capas de nubes abullonadas y plomizas que oprimían el ambiente ofreciendo una lluvia insistente, formidable.

Apenas se oían los gritos distantes de algunos indios borrachos, y los sordos ruidos de los que dormían en los fríos ladrillos de los corredores. Sobre raza vencida, se tendía en el suelo, arrastrándose materialmente, hasta cuando regida por el alcohol adquiría un transitorio dominio sobre la inopia moral.

Los niños bebían... Hugo empuinado en que Celina tragara algunas copas de whisky. El había engullido una cantidad doble: por ella y por él, porque la adoraba. Celina depositaba en su diminuto pafinelo de encajes los pequeños sorbos del licor de cebada que la testarudez de Hugo le construía a llevar a la boca.

Raúl no se preocupaba ya de los dos. Con la Rita se confundía en una escultura confusa en un ángulo del salón, desafiando las miradas ardorosas de Matilde que, ebria, andaba de un lado para otro con las manos viciosas hacia adelante como queriendo apresar algo y los ojos llameantes de fiebre placentera.

El señorito se desprendió del abrazo de la Rita. Después de unos segundos se acercaba dificultosamente al diván en que Celina y Hugo empezaban a cada momento una conversación que no terminaba nunca. Llamó a llugo a gritos.

—Hugo, primo, ven....

—Raúl; aquí estoy.

Se acercaron, se unieron y la lengua trabajosa de Raúl deslizo en los oídos de Hugo unas frases obscenas, desvergonzadas.

Brillarón los ojos amortecidos de Hugo al escuchar la propuesta. Diabólico, el primo, insinuó a Raúl.

—Hazla traer acá: Y no seas bruto...

Irguióse el señorito. Por su hermoso rostro cruzó una ráfaga de insolencia castellana. Los cabellos desordenados de su rubia melena ondearon en a soplo del aire húmedo y pegajoso, como gallardetes.

Afuera, el viento ululaba entre los eucaliptos y hacía doblarse lastimeramente a los álamos. Crepítaban las ramas secas coteando los silbos recios de la ventisca. Se trizaba el ambiente con zigzags fúlgidos, todavía remotos. El mugido del trueno llegaba amortiguado, devuelto en cien ecos por las anfractuosidades de la serranía.

La tormenta se aproximaba.

Celina en la sala se consumía de sufrimiento. Se levantó, fué a una ventana, aspiró el olor aéreo de la lluvia inminente, se santiguó haciendo un mobín de profunda inquietud y volvió a entrar. La fatalidad le perseguía aquella noche como otras tantas.

El niño Raúl tambaleante pero más autoritario, bramó repetidas veces.

—Antonio. Antonio! y el estrépito se propagó lúgubre por los corredores sombríos.

De afuera, Antonio contestó pronto:

—Niño!

—Ven acá.

El cholo se inclinó. Como saboreando las palabras, Raúl musitó:

—Haz que la Manuela venga con unas copas y cuidas de que no salga de la hacienda sin ser vista. Si sale, la haces entrar de nuevo, aún usando la fuerza. Las palabras brotaban borrosas de los labios hinchados y palpitantes. La nariz enrojecida recogía un olor sensual.

—Bien, patrón—dijo el mayordomo y se alejó.

—Señor... con su perdón—se excusó Celina dando unos pasos hacia la puerta.

—Le acompaño—ofreció Hugo, cariñoso.

—Gracias, me importunaría. Vuélvo en seguida—rechazó afable, casi atenta la maestrita.

Hugo sentóse satisfecho. La miró alejarse pensando en que había ganado algún terreno en el corazón de la esquiva muchacha.

Ella a tientas, tropezando con los indios borrachos, encontró al fin a una india *servicia* (1) y se hizo conducir donde el *amo mayordomo*. Llegó donde él anhelante y temblorosa. Antes de que el judo cholo se rehiciese de la sorpresa y le preguntara por qué estaba allí, Celina se arrojó a los pies del Antonio y entre sollozos le dijo:

— Sálveme don Antonio! Mi tío no asoma... Su patrón Hugo ha de abusar de mí... Sólo usted me puede librar. Usted ha de tener también hijas... Por ellas, sálveme por Dios, don Antuquito—y le cogía las manos callosas con las suyas estremecidas y las mojaba en una lluvia implorante de lágrimas.

— Niñita... Cómo puedo yo hacer?... Se ha de dar cuenta el patrón...

— No— dijo Celina estrándose señora. Prepara un caballo—iba hajando a la voz—y lo pone en el patio más cercano a la sala. Lo demás... yo lo hago.

— Pero niñita, puede matarse. Con este tiempo...

— Prefiero morir a quedarme aquí. Si el caballo es bueno y conocedor, nada ha de pasarme. Por sus hijas, sálveme don Antonio, y la arrogante muchacha se retorció las manos de angustia y trenzaba su cuerpo codiciado al fuerte y erguido todavía del viejo mayordomo, convertido en sostén de esa enredadera bellísima.

Luchó interiormente el cholo un corto tiempo. Un sedimento de moralidad le llevaba hacia el bien instándole a rebelarse contra el amo omnipotente. Sus ojos deslustrados se irisaron en la sombra con un destello de voluntad. Adoptó una resolución. Ahora era firme como una roca.

— No lllore niña. El caballo estará listo en el patio que sigue al corredor del cuarto de *ño* Raúl. La puerta al camino ordenaré que le abran si quiere irse. A mí me parece que basta con esconderse por aquí... Si se va, mande el caballo a mi casa a la madrugada.

Calló. La voz del viejo temblaba. Sumido en la obediencia, primera vez que no acataba una orden del *amito*. Pero era ya demasiado. Que se divertieran con las cholitas que se *prestan*, pase; con las indias que al fin no son más que indias, también; pero que intentaran abusar de esa linda *chullita* forastera, tan bonita y tan buena, ya no podía tolerar. Se sublevaba su alma ingenua de padre de familia campesina. El sería capaz de asesinar al que a-

rrebatara la honra de su Emilia, su hija mayor, un pimpollo silvestre en el que el chagra deliraba. Se quedaría fresco matando al infame....

Esa pobre muchacha no tenía quien la defendiera. El borracho del tío no *era cuenta*. Por eso... El, el anciano honrado y moral desde que nació, la ampararía... No importaba perder el empleo. Y hasta era posible que el niño no se enfadase. Nada había ordenado el patrón Raúl con respecto a la maestra. Podía, pues, dejarle escapar.

Y mordiéndose su *tabaco de envolver*, cuyo humo hediondo asfixiaba a Celina, se paró de ella para advertir a la Manuela que llevara a la sala unas copas que pedía el patrón.

La longa *servicia* dormía en un cuarto apartado, de junto a la cocina. Fue a despertarla. Descansaba la pobre longa acurrucada sobre el suelo, cubriendo sus formas venustas con una manta parda que poco la abrigaba. Despertó sobresaltada al oír su nombre en la bruma del sueño y se acercó en camisa a la puerta.

— Amu Antonio—contestó.

— Patrón Raúl te llama. *Vendris* al comedor para que *llevis* unas copas que pide.

— Ya voy—refunfuñó la longa atacada de frío violento. Antonio se marchó mientras la india se vestía.

Razón le sobra al niño para quererla, iba pensando el mayordomo. Es una longa guapa. Por qué será tan tonta y tan porfiada que no se entrega al niño voluntariamente?... Bien le iría....

En el comedor sentóse a esperarla.

Después de largo rato apareció la Manuela llorosa. Su alta contextura ondulaba enérgica en la prisión del anaco que revelaba en toda su pureza las líneas intactas del cuerpo robusto y fino.

Vió las copas sobre el charol de cristal y con un movimiento rápido—valor y fatalismo—enjugó los ojos con el revés de la mano. Sus labios se contrajeron sorbiendo los restos de las lágrimas.

Cogió el charol y fué a la sala.

Se detuvo en el umbral intimidada. El espectáculo innoble atizó sus rubores. Los niños mezclábanse con las cholitas en grupos impúdicos. Sintió un desmoronamiento en su posturación de raza. El recuerdo del Venancio se interponía amenazador; los ojos fulgurantes de odio y de venganza, los puños cerrados y al caer sobre su rostro. Ella debía retroceder y huir a su choza para escapar... Allá lejos, a los riscos ásperos y protectores... Fuera del alcance de ese hombre ansioso de carne. De ese conquistador resurrec-

(1) Servicia.—Criada de una hacienda.



Una Cima de los Andes Ecuatorianos

to. Pero algo le detuvo. No un miedo ni un recelo. Un garfio desconocido que se le aferraba al alma como un anzuelo y que hacía presa dolorosamente. Qué era ese griflete importuno?

No Raúl fijó su mirada de cbrío en la longa irresoluta. Esplendieron sus pupilas dilatadas y vagas. Y en esa malla oscura se enredó la voluntad de la Manuela.

Huyéndole, odiándole, eludiendo sus embestidas, volviéndose trofeo para los descos febriles de Raúl, la india fué lentamente, progresivamente, admirándole. Era el blanco hermoso y subyugador. La otra raza, la dominadora que se le aproximaba en un gesto brutal, lascivo, pero bello. Ella no sabía de las blanduras avie-

sas que el blanco da al amor de sus persecuciones, de sus civilizados vericuetos. Sabía del apremio tosco, del retozo primitivo que encierra una sollicitación amorosa en su franca brutalidad. Y el niño lindo pegándosele con dulzuras, con homenajes que ella solamente intuía, porque al fin era mujer, fue poco a poco tornándose agradable por más que ella soterrara su ternura en un desvío manifiesto. Su espíritu de bruma amó insensiblemente al enemigo secular. Al blanco injusto que la gozaría, despreciándola, después.

Fernando Chávez



Canto a Juan Montalvo

Con sus respetos dedica el autor este Canto a S. E. Don Gonzalo Zaldumbide, en París

*Composición premiada con un lote
de libros en el Concurso Litera-
rio de AMERICA.*

I.—SU NACIMIENTO

Como el soberbio cóndor que nació entre las grietas
de los peñones pétreos de la alta Cordillera,
y desplegando el ala de hondas fuerzas secretas
bébese el horizonte y el azul de la esfera...

En la ciudad de Ambato, al pie de los volcanes
de corazón de fuego y testa encanecida,
entre alegre dolor y amorosos afanes
un niño, como todos, ha nacido a la Vida...!

Y sus padres no saben que aquel lloro tan fino
es un nuncio apostólico y triunfal del Destino:
¡qué Símbolo de Gloria en esa cuna encierra...!

Y mientras el hogar es un arrullo santo,
saluda Ambato al Emulo del Manco de Lepanto
que trae cataratas de luz para la tierra...!

II.—SU ALMA

Le dió el Volcán su fuego; su elevación, el monte;
su agilidad el rayo; su rebelión, la Raza
de Atahualpa; sus diámetros el azul horizonte...
y su vibrar eterno las ondas del Pastaza...!

Nació, cual nace el sol sobre la cumbre enhiesta
para encender las sombras con sus llamas de luz,
en su alma el formidable trueno de la Protesta
contra las tiranías en nombre de Jesús...!

¡Y si alas le dió el cóndor... rugidos los leones
de la Selva Oriental... también dió sus canciones
a las fuentes azules y al río que le loa...!

¡Gigante alma de Genio cabalgando huracanes!
Así como fue el águila de luz de sus volcanes,
también fue como un Ave de Amor, en su Ficoa...!

III.—SU VIDA

... Y la víbora siempre se enroscará a las flores...
manto negro de sombras opacará la lumbre...!
Al Talento le azotan envidias y dolores,
como los aquilones azotan a la cumbre...!

Así, Don Juan Montalvo, impertérrito y rudo,
en la Noche del Tiempo hizo nacer el Día...
Carácter y Talento forjaron el escudo
luminoso y excelso de su Filosofía...!

Y por eso comió hambre y bebió sed! La gente
fanática del Siglo, como un dragón, rugiente
y temblorosa, y loca, condenó al Pensador...!

¡Calumnias y destierros! Y pobre y nostálgico,
dió, lejos de la Patria, protesta por sollozo:
y el Genio, majestuoso, brotó de su Dolor...!

IV.—SU OBRA

... Y cumplió su Destino, con honra y sin mancha.
Mató su pluma de oro lo pérfido y lo ruin...
Y trajo a nuestros campos, de tierras de Castilla,
al Ingenioso Hidalgo montado en su Rocín...!

Magnificó sus libros sencillos con pedazos
del sol de nuestra América que adoraron los Incas,
y con celestes músicas que su genio y sus brazos
hurtaron a los cielos que doran nuestras fincas...!

Ni las sangrantes zarzas detuvieron su planta,
ni domaron las hambres su rebeldía santa...
Pasó llevando a cuestas su idealidad quimérica...

Jamás se rinde el Genio, reniega ni zozobra:
de frente al Infortunio, Don Juan modeló su obra
¡esa obra! que es la aureola luminica de América...!

V.—SU MUERTE

París: foco de luz de la Naturaleza...
el corazón del mundo, que canta y que palpita...
abre un hueco de tierra... sin pompa y sin terneza,
para dar paso al viaje del gran COSMOPOLITA...!

Para dar paso... porque la Muerte es la Justicia
que a los grandes consagra, que nunca se pervierte...
Hay una muerte santa que al genio beneficia:
y Juan Montalvo, el Grande, murió con esa muerte...!

Soledad y silencio... ajenos horizontes...
muy lejos de la Patria... sus huertos... y sus montes,
dobló su cuerpo, tallo de vida transitoria...

Y lo supo muy bien... Por eso pidió flores
y se vistió de gala: la Muerte y sus dolores,
fue el desposorio olímpico del Genio con la Gloria...!

VI.—SU ANIVERSARIO

Ha transcurrido un Siglo... Montalvo se levanta
sobre el Tiempo: la Patria, sus días conmemora...
Su sombra me parece que surge y se agiganta...
y que es un sol de fuego su testa pensadora...!

Hoy cantan las campanas triunfales en Ambato,
su cuna diminuta... Y canta el sol luciente...
Siento que todo vibra con lírico arrebató:
el valle... el río... el monte... el Mar... el Continente!

Los nevados se inclinan... doblando sus rodillas...
Nuestro canto que canta las ricas maravillas
del Genio, que le busque rompiendo el Infinito...!

Y nosotros, hermanos en su Santa Doctrina,
loemos al Maestro, con loa montalvina,
sobre sus pedestales, los montes de granito...!

Telmo N. Vaca

(Un Cantor Desconocido)

Marzo de 1927

HERMANDAD DE ESPIRITUS

Traducción del italiano, por NICOLÁS DELGADO

PARA lograrla basta un gesto y una palabra. Si el gesto es generoso, la palabra hechada de fe limpidamente veraz, el místico pacto está cumplido; más fuerte que un juramento, ya que nada de la pasión que lo dictaba se ha dispersado en la aridez de las fórmulas de uso y la verdad ha quedado en la mirada que promete la fe, sin descender a deformarse en la palabra.

Así podrá suceder con nosotros.

Unidos sobre el mismo sendero, curvados bajo el peso de los mismos fardos, anhelantes hacia una única meta, mente y corazón templados para arriar a la Vida la Belleza por transmitir a aquellos que no conocen nuestro divino tormento; así sentiremos los hermanos lejanísimos, y no sabremos ya más percibir distancias, barreras geográficas, y el espacio inmenso que encierra nuestras criaturas de carne no servirá para desunir nuestro esfuerzo.

Soldados de la misma armada, allá donde será necesario despertar almas opacas; ascetas de la misma religión en la plenitud lograda, tendremos por única bandera la exaltación del pensamiento humano que hace al hombre semejante a Dios.

Y sea éste nuestro gesto — que nosotros cumpliremos con la solemnidad de un rito — la piedra miliar del edificio maravilloso que los frutos de nuestra más viva pasión, plasmada en obras concretas, deberán hacer surgir, testigos en el tiempo, de nuestra magnífica raza latina.

* * *

Iniciando con este artículo la tan deseada correspondencia con uno de los más intelectuales países de la América Latina, tenemos viva fe que nuestro movimiento recogerá en torno a sí numerosos prosélitos.

Ciertos sentimientos, por su misma complejidad, se prestan a diversas interpretaciones y en el caso actual, esta apasionada campaña puede dar lugar a la suposición que se tenga solamente miras personales y, por tanto, interesadas.

Volviendo el pensamiento y la llamada hacia vosotros, hermanos de trabajo y de esperanzas, no tenemos sino un deseo: *conocer*os a través de las recíprocas obras. Abrir a estas obras un camino posible y no solamente teórico, de manera que las obras puedan pasar no sólo fácil y entusiastamente acogidas sino aún esperadas, llevando nuevo alimento a la grande llama que consume el pensamiento humano, vida de la vida misma. Siquiera en una mínima parte tendremos el orgullo, actuando con energía este proyecto, de haber contribuido con todas nuestras fuerzas a la causa por la que hoy se combate un poco en todas partes, para que la vida del espíritu y las obras del pensamiento vuelvan a tomar su antiguo esplendor y el primer puesto, por excelencia, que les corresponde, entre todas las manifestaciones humanas.

La expansión intelectual entre nosotros, latinos, está bien lejana de tener aquella eficiencia que debería y podría lograr, al menos en virtud de tantas afinidades que nos ligan.

Para llegar a ella, surgen, de tiempo en tiempo, pruebas, tal vez dictadas con buena voluntad, pero enseguida aprisionadas en giros burocráticos, estériles, académicos, privados de éxito. Logran por fuerza a poner en "cartel" los mismos nombres de las mismas "celebridades"; compilan programas sobre programas; pero de verdaderamente práctico y útil no se concluye nada, o al menos demasiado poco, frente a lo muchísimo que se podría hacer.

No quisiéramos que nuestra alusión a las "celebridades" fuera mal comprendida.

No intentamos aludir a las personas, sino a los sistemas con los cuales, en general, se desarrollan estas formas de propaganda. Para los nombres de hombres ya ilustres, que ya han hecho su parábola ascensional, hasta lo posible, es inútil trabajarles y aplaudirles caminos, abrirles brechas, ya que su misma fama y notoriedad los hace dominar todo esto, sin tropiezos de ninguna clase. Se tiende la mano a quien inicia la salida, no a quien la llegada ya a la meta y puede cosechar laureles. Que nos sirva esta alusión a hacer creer que estamos dispuestos a admitir en nuestra *mente* algún *nuevecito* que ose declararse artista después de la primera y

más fácil prueba. Absolutamente! Queremos solamente cooperar con todas nuestras más vivas fuerzas a la posibilidad de abatir los muros absurdos que nos obstaculizan más amplios vuelos, queremos especialmente que esta posibilidad de expansión se vuelva factible no solamente a los "grandes nombres" sino a todos aquellos que por su arte trabajan con seriedad de propósitos. Impungámonos el someternos a "soberbias valorizaciones"; exijase a nuestros jóvenes continuos esfuerzos para mejorar y dominar la más posible perfección. Es lógico, indispensable, para limpiar la vía de los ilusos que caerán a los primeros golpes. Pero no se limpie el camino con artificiosidad. Todo meteoro, aún los más luminosos, han salido de la nebulosa. No ayudemos a encender inútiles fogos de bengala, sino busquemos dónde pesadas cenizas cubren de inercia la chispa de la cual surgirá, más fácilmente, con nuestra ayuda, la llama vital. He aquí nuestra esperanza. Queremos, pues, lejanísimos Hermanos, cerrarnos en compactas filas y tentar con nuestras fuerzas solamente, esta conquista que puede ganar a la causa más amplias palcstras para las batallas de nuestros espíritus inquietos, atormentados de "la eterna ansia de buscar su fin."

Nosotros que, jóvenes en años y viejos en experiencia, hemos probado ya y padecido el áspero sendero "al comenzar la cuesta"; nosotros que llevamos en el corazón este divino tormento, y que, a veces maldiciéndolo, amamos nuestro arte más y mejor que a cualquiera viva criatura, jamás doblegados, nunca debilitados por la derrota, por la ironía que nos acogió cuando comenzamos, tímidamente, confiados solamente en nuestras fuerzas, en nuestras esperanzas, tenemos el derecho de ampliar nuestro mundo. Jamás vacilé ante tantas pruebas la llama interior que nos atima y nos guía. Después de la derrota renacieron sueños y deseos; y la esperanza no puede mentirnos. Grave es el deber que se nos ha abierto ante nuestra voluntad, pero es enorme nuestra fe. Estamos a la primera vuelta del camino de la vida: si en la lucha combatimos serenamente, el porvenir puede ser nuestro.

Y para no ahogar nuestras mismas teorías perdiéndonos en extensísimos programas, pasemos en seguida a anunciar, sin más, que en cuanto nos sea fácil iniciar rápidamente al menos el intercambio de artículos literarios, de crítica y de cuanto pueda dar idea del movimiento intelectual de nuestros dos países, tenemos decidido el fundar un diario literario "Chispas Latinas", que saldrá en Génova en la primavera próxima. Será su preciso y único fin el favorecer con todos los medios posibles el tan deseado intercambio de producciones literarias y artísticas entre nuestros países.

* * *

Como decíamos anteriormente, la expansión intelectual entre nación y nación, general, no es sino una expresión o manifestación diplomática. En realidad se hace muy poco. Si algún eco llega o transpone las fronteras, se trata, las más de las veces en casos especiales, nada espontáneos, sino arquitecturados, formados piedrecita por piedrecita. Luces falsas sin continuidad, intermitentes. La verdadera posibilidad de ser "cotizados" — la expresión no es simpática, pero es eficaz en estos tiempos tan de negocios — en los mercados intelectuales de otros países, no existe. Se favorece todas las industrias, se da incremento a propuestas de ninguna utilidad presente y futura, mientras que el intercambio de pensamiento es aún considerado como una especie de pasatiempo de ninguna importancia.

El grado de evolución civil al cual ha llegado la humanidad en nuestro siglo, ha tenido como efecto el retroceso de la vida del espíritu. Hay que admitir desde luego que Europa, salida del huracán de la Guerra, ha tenido que vivir un largo período de reposo, a fin de encontrar de nuevo su justo equilibrio. Consecuencia inevitable ha sido, pues, aquella especie de somnolencia que en los últimos posteriores años inmediatos a la guerra, ha aferrado almas y cerebros a los sobrevivientes de la inmensa tragedia.

Y casi, con la luz del buen sentido práctico, nos persuadiríamos que el actual orientamiento de las masas hacia todo aquello que es vivaz, de efecto inmediato, esta especie de frenesí que arrastra dominador a la celebración del movimiento, a la adoración colectiva del color, del rumor — diremos, casi — a la total electrificación de toda forma de vida, sea la inevitable reacción. Admitámoslo, sin embargo, pero diera demasiado. Si no se le contraponen barreras poderosas, esta corriente material inundará todo, hasta conducirnos inexorablemente al dominio del reino animal.

La ciencia encuentra el remedio para todo mal. Contra el inmenso mal que paraliza y daña el valor de las almas, hay, que reaccionar intensificando la difusión de los únicos remedios que puedan acercar al hombre a la única fuente de bienestar espiritual; las obras del pensamiento. Considerando que, en la casi totalidad, la vida del espíritu de un pueblo tiene un solo coeficiente directo que es la lectura, es fácil darse cuenta el enorme y benéfico influjo que puede tener el intercambio de obras entre país y país.

La vida es una evolución continua hacia aquel ideal de perfección a que cada generación sueña llegar, y esta evolución nuestra, nosotros la efectuamos bajo la guía de aquellas enseñanzas — que definiremos con el nombre de historia — que día por día marcan para

nosotros un paso adelante. Llámese esta historia ciencia o de otro modo, sea obra suma compilada por los doctos o por el pequeño pueblo, tiene un solo fin: narrar y enseñar a quien no sabe. Pero los "quien no sabe" en el mundo son, más bien somos, por miles, y si este único, grande, divino medio que Dios nos ha dado a pocos elegidos para comunicar a sus más lejanos semejantes, tesoro de ciencia, y a veces tan sólo distracciones y auxilios; estos preciosos medios de transmisión que se llaman "libros" no pueden recorrer sino aquellos pocos kilómetros cuadrados que forman su territorio de origen, y ya en las fronteras, ante los millones de almas que encontrarían en ellos pan para su espíritu, deben detenerse, como mercaderías de proveniencia sospechosa. Bien pocos serán aquellos que darán grandes pasos hacia el mejoramiento moral y físico —éste derivado de aquél— de las razas, y ésto bien lentamente, para que pueda sentirse algún beneficio.

* *

Para restringir el campo de las discusiones a exponentes positivos, limitémonos a las relaciones entre Italia y los países latinos de Sud América. Teóricamente existen espléndidas instituciones y no sé cuántos y cuáles comités, institutos, etc. Prácticamente es una casualidad si llega hasta nosotros de cuando en cuando el nombre de algún autor y la obra, cuando puede. El caso, naturalmente, es recíproco. Fuera de pocas excepciones de nuestra Italia magnífica, cuna gloriosa en el pasado y en el presente de genios que por sí solos bastarían a tener muy alto nuestro prestigio en el mundo, poco, muy poco se debe saber más allá de las fronteras.

Nos ligan vínculos de raza cual ramas de una grande y maravillosa planta trasplantadas en otra tierra, y no obstante, para igualar en términos de vastedad el vacío que reina allí, donde compacta y sin solución de continuidad, debería desarrollarse la más noble de las competencias, creo no baste multiplicar la extensión del Atlántico que en realidad divide nuestras tierras.

Y tenemos en Italia regiones enteras donde se habla el español, lo mismo que la lengua nativa, y donde no se pediría otra cosa que el poder obtener el modo de conocer y seguir los acontecimientos de aquel gran país que en buen italiano usamos definir «América», donde cada uno de nosotros tiene lazos de afecto y de recuerdos. Así, como de la otra orilla se recibirían a corazón abierto las voces de la tierra nativa. Encontrarían aquí campos bien diferentes y más amplias discusiones, si se pensara que de esta recíproca comprensión espiritual de nuestros dos pueblos podría surgir con el tiempo un entusias-

mo útil no solamente en el reino de la cultura, sino en las relaciones sociales y comerciales de los países que tantas comunes causas vitales tienen. Pero esto, para nosotros, es alejarnos del tema.

Con el fin de defender justamente todos estos valores espirituales, patrimonio por excelencia de una nación civilizada, se ha iniciado en Italia una campaña en grande estilo, definida en espíritu guerrero por «La Batalla del Libro».

Con un empuje semejante a la descada victoria, una de las más grandes causas editoras de Italia ha iniciado la lucha. Y dado el que la fortuna me ha designado el gratísimo encargo de dirigir, yo primera, la palabra de invitación a los hermanos Ecuatorianos, creo hacer algo útil enviando un precioso volumen editado justamente por la Casa Vallecchi de Florencia «Para la Batalla del Libro», original e indispensable publicación que sabe revelar pronta y limpidamente el fin que se persigue; contiene fragmentos inéditos de los mejores escritores italianos; filósofos, novelistas, cuentistas, críticos; y expone, ricamente ilustrados con semblanzas biográficas y resume todo el movimiento literario italiano de estos últimos tiempos.

Suponemos sea útilísimo añadir sobre esto que el Editor Vallecchi —que a sus raras dotes mentales une una exquisita práctica intuitiva— tomando en consideración nuestro movimiento podrá ciertamente conceder facilidades sobre las compras de volúmenes de su edición, y más aún proveer a la completa institución de bibliotecas y completar las ya existentes, en ventajosas condiciones.

A la llamada de voces tan autorizadas, cada uno de nosotros ha contestado entusiastamente, no solamente por ser parte interesada, sino por la instintiva necesidad de ayudar a los grandes capitanes de esta santa cruzada que quiere conducir rectamente a los desorientados hacia la única luz que no miente.

* *

Atraviese nuestra modesta palabra el espacio que nos divide, y entregue a nuestros Hermanos las lucientes armas con las que luego desciendan con nosotros a combatir la más soberbia de las batallas por la victoria de una idea.

"Ella é un'altra Madonna, ella é un'Idea"

"Fulgente di guastizita e di beltá"

"Io benedico chi per Lei cadea"

"Io benedico chi per Lei vivrà."

Carducci

Génova, Italia—1927

Clara Bartolomei

POEMAS

Mujer de otoño:

fruto frescamente maduro
que para la vendimia de los amores últimos
cuelga el árbol
del pecado.

Mujer de otoño: carne de rosas y alabastro
por la que siempre aúlla
el lobo de mi instinto.

Mujer de otoño: súcubo
de mis largas vigillas taciturnas,
Para qué intenten promesas
tus glaucos ojos verdes
que envenenan!

Pero no ha de ser largo
el martirio!
En la próxima luna el lobo de mi instinto
rondará en la fragante quietud de tus jardines
donde paseas siempre tus ardores románticos...
Todo estará propicio para que oigas el ruego
de mi primer palabra que vencerá tu orgullo...
Entonces bajo el casto despetalarse niveo
de las rosas enfermas,
el lobo de mi instinto como un bohemio loco
se embriagará del vino sangrante de tus labios...

Eso a mí que me importa

Yo no soy, buenas gentes, lo que me creis vosotros:
un muchacho imposible lleno de extravagancias...
Soy un hombre sencillo como lo son los otros,
que hace todas sus cosas sin relucir jactancias....

Si me veis siempre así tan aislado y huraño,
no es porque odie yo al prójimo ni tenga vanidades...
Es la vida que me hace cada vez más extraño,
pero en el fondo mi alma sólo tiene bondades.

La gente *bien* se irrita cuando sabe mis gustos!
Y el señor y el burgués, todo el mundo se absorba
al ver mi cuerpo flaco y oír mi risa estridente!

Soy así. Qué queréis? Y si os poneis adustos
porque escribo mis versos y adoro gentilmente
a vuestras guapas mozas, eso a mí qué me importa!

Antonio Montalvo

Quito, 1927

LEYENDO A MONTALVO

¡Ah, repúblicas turcas! El cielo se contrasta,
el infierno surfe, cuando echan los ojos a esta
parte del mundo.

MONTALVO

¡ANTOS años han pasado desde que el genial Montalvo escribió estas palabras, y sin embargo el espectáculo de la mayor parte de los pueblos de América Hispánica, no ha cambiado... pareciera que una valla infranqueable se opusiera al avance de la civilización... triste realidad.

La inquietud que ciertos hombres de pensamiento experimentan ante la contemplación del momento, no pasa de traducirse en sanas intenciones, que de vez en cuando aparecen en las columnas de algún periódico o revista, o en las páginas de algún libro. Estéril prédica, impotente para connover la dormida conciencia de las masas.

Multitud de mensajes, inteligentemente concebidos y originadores de multitud de interesantes respuestas, a diario descubren la crisis porque se atraviesa, y dejan entrever los vicios que todos conocemos, que todos vivimos y que todos estamos convencidos que paulatinamente nos destruyen.

Mas sólo se contempla y se contempla, pero no puede decirse que exista organizada la falange de hombres superiores a quienes tocará en un no lejano día, la defensa y organización de todas estas secciones de la América.

Un punto de partida se requiere en todas las manifestaciones de la vida; una enérgica decisión as lo que urge en estos momentos. Nada de palabrería, que ella abunda en la mayor parte de nuestros hombres; nada de sanas intenciones y de excitativas a juvenudes y hombres de América, que no estén basadas en el firme y optimista propósito de consumir en Acción, lo que el espíritu consume y anhela.

Acción!... Acción! he ahí la clave de todo. He ahí lo que necesitan todas esas juvenudes y hombres de América, a quienes a diario se exhorta y se interpela.

Acción que se traduzca en noble lucha que tienda a conquistar el perfeccionamiento y la Libertad en su más amplio sentido concebida, debieran ser la única consigna del momento.

Grande obra de depuración social es nuestra más imperiosa necesidad,

Obra de depuración que tienda a eliminar cuanto antes esa carcoma de mediocridades y de politicastros audaces, que a diario asaltan las instituciones y las altas magistraturas, y que ya en el caso de Nicaragua, de Venezuela, del Perú, de Panamá y de otros países más, constituyen la vergonzosa amenaza de la soberanía de sus propias naciones, y de la dignidad del Continente.

Destruir al enemigo de casa, y prepararse luego para convadir al que nos viene de afuera, ha de ser la convicción de los que pretenden hacer algo útil.

Ciertas mentalidades se horrorizan y hasta claman cuando oyen que se trata de destruir lo ya corrompida. ¡Y cómo entonces suponer siquiera obra alguna de reconstrucción!

En vano se pretende levantar un edificio estable, agregando ladrillos nuevos a los fragmentos del muro que la acción del tiempo ha derribado en parte, porque él caerá tan pronto como el peso de la nueva construcción supere la debilidad del viejo resto que se quiso utilizar.

Y no se crea que el esfuerzo será obra de gigantes, una vez que se haya logrado eliminar a los principales abanderados de la perversidad.

Sucedá con los hombres perversos lo que con ciertos animales, que acostumbrados a vivir en el charco pútrido, mueren o se debilitan una vez que se transforma el medio en que viven.

Muestrós de América: Haced de esos niños que la sociedad os encomienda para que los cultivéis, futuros hombres de honor y de acción.

Juventudes de América: La acción es lo único que en estos momentos puede salvarnos.

Hombres de América: Inicia la acción que salvará estas «repúblicas turcas», al decir del inmortal Montalvo, de las garras del buitro del Norte, que sólo espera que la podredumbre se extienda a todo el Continente, para consumir su meditado festín.

Jorge Calzada

(“Repertorio Americano”. San José de Costa Rica)

MANIFIESTO A LA JUVENTUD LATINO-AMERICANA

RES nombres han resonado durante estos últimos meses en el corazón de la América Latina: México, Nicaragua, Panamá. En México el imperialismo se afana por doblar la resistencia de un pueblo indómito que defiende su porvenir. En Nicaragua el mismo imperialismo desembarca legiones conquistadoras. En Panamá impone un tratado que compromete la independencia de la pequeña nación. Y como corolario lógico cundo entre la juventud, desde el río Bravo hasta el estrecho de Magallanes, una crispación de solidaridad, traducida en la fórmula que lanzamos en 1912: la América Latina para los Latino americanos.

Hace veinte años que clamó contra nuestra dispersión y nuestra inmovilidad. Por denunciarlas he sacrificado tranquilidad, fortuna, porvenir político, y me hallo pobre, expatriado, difamado. Desde mi retiro reivindicando el honor de haber continuado sin interrupción desde 1905 la tesonera prédica, de haber publicado cuatro libros sobre el asunto, de haber fundado en Buenos Aires la primera Asociación Latino Americana, y de haber recorrido el Continente repitiendo mi terca certidumbre. Al margen de las efímeras vanidades, invoqué el antecedente para que la probada fidelidad a un ideal dé a la palabra el peso que necesita tener en esta hora.

Por encima de los episodios de la lucha que se prolonga desde hace tantos años, hay que considerar los hechos desde el origen y en su significación virtual.

Los pueblos son grandes, más que cuando juzgan airadamente a los demás, cuando aquilatan severamente sus errores. Y en la nueva era que se abre, contra lo que con más vigor debemos levantarnos es contra aquellos de nuestros propios dirigentes que no supieron prever las consecuencias de sus complacencias, que no tuvieron una visión continental de nuestros destinos, que obsesionados por la patria chica y por los intereses de grupo, motejaron desdeñosamente de «poetas» a cuantos elevaron el espíritu hasta una concepción superior.

Parecerá monstruoso manifiesto a los que nos juzgan, pero fué considerada como signo de incapacidad para el gobierno toda tendencia hacia una política global. Cada hombre obe-

decía a sus ambiciones, cada grupo a sus propósitos partidistas, cada nación a sus odios minúsculos. La América Latina se devoraba a sí misma, como los Galos en tiempo de César, o como los Aztecas cuando llegó Hernán Cortés. Y para los grupos predominantes resultaba inexplicable, lirismo, suprema locura cuanto tendiese a una política de solidaridad.

En esa orientación equivocada hay que buscar el origen de los atentados que hoy motivan nuestra protesta. Los primeros responsables son los hombres o los núcleos que, guiados por un falso concepto de nuestras necesidades, por impaciencias de figuración, por apasionamientos de bando, o por rencoros regionalistas, enageneraron nuestras riquezas, sancionaron con su silencio los atentados contra el vecino, suscribieron el postulado protector de Monroe, y colaboraron con el imperialismo de los Congresos Panamericanos, mientras se agrandaba en la sombra el cáncer que debía poner en peligro la vitalidad común.

Las culpas que han originado la situación actual nacen de una visión inexacta o de una pequeñez de propósitos. Y esas son culpas exclusivas de los gobiernos. Nuestros pueblos fueron siempre grandes y generosos. Aunque se les mantuvo ignorantes de la verdadera situación, tienen el presentimiento de lo que debe ser el porvenir. Si no se opusieron con más ímpetu a la política nefasta, fué porque no se dejó llegar hasta ellos la verdad. Pero los dirigentes *debían* saber. Y la primera conclusión que podemos sacar de los acontecimientos actuales es que nos hallamos en presencia de la bancarrota de una política.

Hablo para toda la América Latina; sin exceptuar las regiones hoy aparentemente indemnes; y hablo sin excepción contra nadie, ni contra nada. Los hombres habrán sido malos, o buenos. Lo que la evidencia dice, es que resultaron insuficientes. Rindiendo culto, más a las apariencias de la patria que a su realidad, creyeron que gobernar consiste en mantenerse en el poder, en multiplicar empréstitos, en sortear las dificultades al día. En sus diferentes encarnaciones, — tiranos, oligarcas, presidentes legales, — se afanaron ante todo por defender privilegios de grupo o susceptibilidades locales, sin sentido de continuidad dentro de la marcha de cada país,

in noción de enlace con las regiones limítrofes. Fué la imprevisión de ellos la que entregó en el orden interior, a las compañías extranjeras, sin equivalencia alguna, las minas, los monopolios, las concesiones y los empréstitos, que deben dar lugar más tarde a conflictos, tutelas, y desembarcos, haciendo patrias paráliticas que sólo pueden andar con muletas extranjeras. Fué su falta de adivinación de las necesidades futuras la que multiplicó entre las repúblicas hermanas los conflictos que después resuelve como árbitro el imperialismo devorador. No hay ejemplo de que una región tan rica, tan vasta, tan poblada, se haya dejado envolver con tan ingenua docilidad. Cuando algunos de nuestros diplomáticos nos hablan del coloso del Norte, confiesan una equivocación trágica. El coloso del Norte lo han creado ellos, cuando abandonaron a los bancos y a las compañías extranjeras cuanto representaba el desarrollo futuro del país. El coloso del Norte lo han creado ellos, cuando en un Continente dividido por la raza, la lengua, y la vitalidad, desdefearon todo concierto con los grupos igualmente amenazados y se pusieron a la zaga del organismo conquistador.

A principios de este siglo la América Latina pudo apoyarse en la masa poderosa de una Europa intacta, deseosa de ganar mercados y financieramente omnipotente. La

lógica más elemental aconsejaba una actitud de parcialidad hacia ella. A muchos de nuestros dirigentes les faltó el valor moral necesario para hacer esa política. Y no se arguya que por aquellos tiempos el imperialismo no se había desenmascarado aún. Sin remontar a la anexión de Texas, California y Nuevo México, acababa de dar ese imperialismo la medida de sus ambiciones imponiendo a Cuba la Enmienda Platt y desmembrando a Colombia. Sin embargo, el ex-Presidente Roosevelt, cuya frase famosa «me quedé con Panamá» resonaba en todos los ámbitos, fué recibido en nuestras capitales con honores de Emperador. La única excusa que podrían aducir nuestros políticos, es que no sospecharon las consecuencias que tendría su actitud. Pero la excusa misma se vuelve contra ellos. Los que no saben ver a veinte años de distancia no deben dirigir los destinos de una colectividad.

Para clasificar un estado de espíritu, me bastará con citar una anécdota entre tantas.

Cuando en 1917 fué llamado por la Universidad de México para dar una serie de conferencias, bajo el gobierno de Carranza, el Ministro Argentino, acreditado ante aquel país, fué a ver espontáneamente al Ministro de Relaciones Exteriores de México para decirle que si, en vista de las reclamaciones que la invitación había levantado, el



Parque Maldonado de Riobamba

gobierno mexicano resolvía impedir mi entrada a México, él, como representante argentino, no entablaba la menor reclamación. Vivo está el General Aguilar, que puede dar fe de la veracidad de mis palabras. Nuestro sur olvidado así, no sólo el respeto debido a un ciudadano del país, sino sus propios intereses y su misión en América. Fué tal la pusilanimidad, que para acabar con la prédica molesta se trató de desacreditar al propagandista. Así nacieron las leyendas miserables que me pusieron en el caso de dudar si debía despreciar más profundamente a los hombres sin escrúpulos que las pusieron en circulación o a los hombres sin perspicacia que se dejaron engañar por ellas. Por encima de la misma injusticia, me agobió el dolor de asistir a la disminución de mi tierra. Porque un país donde la calumnia llega a ser omnipotente, es un país que lleva plomo en las alas.

La emoción tardía de algunos gobernantes, no alcanza a rescatar errores que pesarán sobre el porvenir. Los equilibrios no son los mismos a medida que los años pasan. La política aconsejada en 1914 no es posible ya. Han cambiado las circunstancias, y, triste es decirlo, resulta cada vez más difícil contrarrestar en bloque y de una manera total el empuje del imperialismo. Por culpa de los que maniobraron a tiempo, nos hallaremos acaso obligados a negociar mañana con él. Pero esa nueva política, más delicada que la anterior, no la pueden hacer los que en vez de adelantarse a los acontecimientos los siguen a distancia y pretenden ensayar ahora los procedimientos que sólo fueron realizables antes de la guerra, dispuestos, desde luego, a intentar vanamente, dentro de otros veinte años, lo que urge hacer en este mismo instante.

Es indispensable que la juventud intervenga en el gobierno de nuestras repúblicas, rodeando a hombres, que comprendan el momento en que viven, a hombres que tengan la resolución suficiente para encararse con las realidades.

Se impone algo más todavía. El fracaso de la mayoría de los dirigentes anuncia la bancarrota de un sistema. Y es contra todo un orden de cosas que debemos levantarnos. Contra la plutocracia, que en más de una ocasión entrelazó sus intereses con los del invasor. Contra la politiquería, que hizo reverencias ante Washington para alcanzar el poder. Contra la descomposición que en nuestra propia casa facilita los planes del imperialismo. Nuestras patrias se desangran por todos los poros en beneficio de capitalistas extranjeros o de algunos privilegiados del terruño, sin dejar a la inmensa mayoría más que el sacrificio y la incertidumbre.

Al margen de los anacrónicos individualis-

mos que entretuvieron durante cien años nuestra estéril inquietud, hay que plantear al fin una política. Hay que empezar por crear una conciencia continental y por desarrollar una acción que no se traduzca en declamaciones sino en hechos.

El acercamiento cada vez mayor de nuestras repúblicas es un ideal posible, cuya realización debemos preparar mediante un programa de reformas constructoras dentro de cada uno de los Estados actuales. Entre esas reformas debe figurar en primera línea una disposición que otorgue a cargo de república, derechos y deberes de ciudadanía a los nativos de las repúblicas hermanas, con la limitación, si se quiere, por el momento, de la Primera Magistratura del país y los principales ministerios. Esto facilitará una reunión de fraternidades. Es necesario reunir también una Comisión Superior Latino Americana, encargada de estudiar, teniendo en cuenta las situaciones, un derrotero internacional común, una política financiera homogénea, un sistema educacional concordante. Su misión, por el momento, sería aconsejar proyectos, aplicados después por los gobiernos respectivos. Hay que proceder sobre todo, sin perder un minuto, dentro de nuestra familia latino americana, a la solución equitativa y pacífica de los pequeños conflictos de frontera que entorpecen la marcha armónica del conjunto y permiten ingerencias fatales.

La hora es más difícil de lo que parece. No esperemos a estar bajo la locomotora para advertir el peligro. Nos hallamos ante un dilema: reaccionar o sucumbir.

La salvación de América exige energías nuevas, y será obra sobre todo de generaciones recientes, del pueblo, de las masas anónimas eternamente sacrificadas. Una metamorfosis global ha de traer a la superficie las aguas que duermen en el fondo para hacer al fin, en consonancia con lo que realmente somos, una política de audacia, de entusiasmo, de juventud. Sería inadmisibles que mientras todo cambia, siguieran atadas nuestras repúblicas a los tiranos infecundos, a las oligarquías estériles, a los debates regionales y pequeños, a toda la rémora que ha detenido la fecunda circulación de nuestra sangre. Hay que inaugurar en todos los órdenes un empuje constructor. Porque la mejor resistencia al imperialismo consistirá en vivificar los territorios y las almas, haciendo fructificar los gérmenes sanos que existen en la masa abstencionista o escéptica, en el fondo aborigen, en los vastos aportes inmigratorios, en todos los sectores de una democracia mantenida hasta hoy en tutela, con una o con otras artes, por hombres, grupos o sistemas que acaparan el poder desde que nos separamos de España.

Ya he tenido ocasión de decir que el dere-

cho no es hoy una ley moral infalible, sino una consecuencia variable de los factores económicos y de la situación material de los pueblos. El imperialismo realiza su obra hostil; iniciemos nosotros la nuestra reparadora. Clamar contra los atentados es un lógico desahogo y un santo deber. Pero hay que hacer sobre todo un esfuerzo para que los atentados no se puedan realizar. Y ese resultado no lo hemos de esperar de la generosidad ajena, sino de nuestra resolución, de nuestra flexibilidad de espíritu para aceptar soluciones apropiadas a los hechos a medida que éstos se manifiestan.

Quien escribe estas líneas en la hora más grave por que ha atravesado nuestra América, no aprovechó nunca las circunstancias para buscar encumbramientos o aclamaciones. Con razón a sin ella, por disentimientos con el partido al cual pertenecía, declinó en el país una candidatura a diputado y otra a senador. Con razón o sin ella, durante la guerra grande se lanzó a predicar la neutralidad contra un torrente que lo sepultó bajo su reprobación. Nunca hice lo que me convenia; siempre hice lo que consideré mi deber, afrontando la impopularidad y las represalias. Y al dirigirme como hoy a la juventud y al pueblo no entiendo reclamar honores. Los hombres no son más que incidentes; lo único que vale son las ideas. Vengo a decir: hay que hacer esta política, aunque la hagan ustedes sin mí. Pero hagan la política que hay que hacer, y háganla pronto, porque la casa se está quemando y hay que salvar el patrimonio antes de que se convierta en cenizas.

Si no renunciamos a nuestros antecedentes y a nuestro porvenir, si no aceptamos el vasallaje, hay que proceder sin demora a una renovación dentro de cada república y a un acercamiento entre todas ellas. Entramos en una época francamente revolucionaria por ideas. Hay que realizar la segunda independencia, renovando el Continente por la democracia y por la juventud.

Basta de consecuencias abusivas, de empréstitos aventurados, de contratos dolosos, de desórdenes endémicos, y de pueriles pleitos fronterizos. Ya hemos arrojado buena parte de nuestro porvenir por todas las ventanas de la locura. Que se levante el espíritu nacional como en las grandes épocas. Que cada cual piense, más que en sí mismo, en la salvación del conjunto. Opongamos al imperialismo una política seria, una gestión financiera perspicaz, una coordinación estrecha de nuestras repúblicas. Recontemos hasta el origen de la común historia. Volvamos a encender los ideales de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, de Morazán. Superioricemos nuestra vida. Salvemos la herencia de la latinidad en el Nuevo Mundo. Y vayamos resueltamente hacia las ideas nuevas y

A L M A S

FATIGA

Costurera de ensueños,
remienda esta amargura;
yo te daré la aguja,
tú pon el hilo negro.

PLACER

Unas veces romántico
y otras veces sensual,
eres siempre el Galán
Joven, en esta gran
Compañía Universal.

I R A

Tu coche va triunfante
por todos los caminos;
como el Judío Errante
tienes soplos divinos.

TRISTEZA

Ah, si tú, ante mí
fuera en todas partes,
lo ballaría al mundo, así:
como una exposición de Bellas Artes.

OLVIDO

Un tapiz verde, apenas
pudimos bordar ambos;
en nuestra lanzadera
quedó el hilo enredado.

ESPERANZA

Amplia sala de espera,
toda mi juventud
se pasó en ti aguardando,
hasta que al fin cansada
se marchó delirando.

Delio Ortiz

Quito, 1927

hacia los partidos avanzados. El pasado ha sido un fracaso. Sólo podemos confiar en el porvenir.

Manuel Ugarte

Niza, Marzo de 1927

("Repertorio Americano".—San José de Costa Rica)

POEMAS

Oración del buen amanecer

Gracias, Amor, porque perduras
en mi alegría y mi inquietud.
Gracias por estas horas puras
que amanecen sin amarguras,
amorosas de tu virtud.

Gracias, Amor, porque renaces
tembloroso de claridad,
y con sabia mano deshaces
de la noche en duda el telar.

Mi corazón aquí te ofrezco,
Amor, por este amanecer
amoroso que no merezco,
pecador de tanta mujer.

Mi día claro será tuyo,
y tanto, que vas a saber
de qué boca viene el arrullo
que hace tu reino conocer.

Todo mi día te consagro,
mi día de mal o de bien,
oh! Amor en perpetuo milagro
de florecimientos.

Amén.

Beso nuestro

Señor del mal y la ventura,
eterno Padre Amor,
si ya está, porque faltas,
la boca en amargura,
el beso nuestro dánosle hoy.

Vivimos en pecado,
es cierto, pero ahora
limpio está el corazón
en soledad y olvido.
Como si hubiera muerto,
ya no recuerda el mal amor.

Era su carne rosa.
La quisimos un día,
Tú lo sabes mejor.
Fué lascibia ardorosa...
¿Perdonas la lujuria
Con un sorbo de amor?

Cómo no perdonarla,
si es atroz penitencia
este inmenso vacío interior,
este sentir que pasa
la inútil existencia
siempre aguardando el amor!

Señor del mal y la ventura
sin mancha concebido
por la Madre Dulzura,
único hijo de Dios,
si ya está, porque faltas,
la boca en amargura,
el beso nuestro dánosle hoy!

Credo

Creo en ti, Padre Amor,
como en el día abierto
y en la noche de sombra y estupor.

Creo en ti, Padre Amor,
vivo en el ojo ciego
y en el atormentado corazón.

Creo en ti, Padre Amor,
que dices tu palabra
y no sabemos donde ha nacido la voz.

Creo en ti, Padre Amor,
de la amargura silenciosa
y la alegría, Creador!

Dios te salve

Dios te salve, amor nuestro,
sed en el desamparo,
agua clara en el beso.

Porque das regocijo
de lágrimas que cantan,
¡Dios te sea benigno!

Luna sobre los marés
enemigos y azules,
¡brazos de Dios te salven!

Eres como la lluvia
en las manos ardidas.
¡Dios te acoja en sus snyas!

Aroma de silencio,
palabra de los ojos,
¡Dios te salve amor nuestro!

Oración del hombre feliz

Amor que todo me lo haz dado:
gozo y dolor, la sed y el agua,
¡bendito seas y alabado!

Si en el vivir desorientado
seguí tu huella luminosa,
¡bendito seas y alabado!

Porque tu reino fué negado,
hecho dulzura está en mi boca.
¡Seas bendito y alabado!

Por la alegría del pecado
y el agrio zumo del deseo,
¡bendito seas y alabado!

Carlos Préndez Saldías

Santiago de Chile

NOTA.—Las composiciones que anteceden pertenecen
a *Devocionario Romántico*, sugestivo librito
del poeta chileno Préndez Saldías—agrade
cemos el envío.

¡Conózcame Ud!
Soy "la menor" de
la casa y me
llamo



pepita

En
la nueva serie
de anuncios Bayer
voy a presentarle a mis
parientes y amigos más
queridos.

Siga tan preciosa
serie para que vea cuánta
confianza tenemos todos en la

ASPIRINA

que alivia los dolores
y no afecta el corazón ni los riñones

P O E M A S

Y no viniste....

La noche era serena, blanca, azulina....; la luna lentamente declinaba para ocultarse en su lecho de blanquísimas nubes. Yo, sola, dejaba abrirse mi corazón como un lirio cuyos perfumes eran tuyos, en tanto que con ansiedad miraba hacia la carretera por donde otras ocasiones se asomaba tu adorada silueta; pero tu sombra, tu sombra no se dibujaba entre los pálidos rayos de la luna, de la luna plena.

Sentada en la gris alfombra del césped, yo te esperaba anhelosamente; mas tu, no viniste: ¡yo te esperaba....! Mi cabeza, cual un mundo de recuerdos, hacía descansar sobre mis manos trémulas y mi alma buscaba tu alma para filtrarse en ella, ¡mi alma que quiere ser un girón de tu alma!

La luna, enviándome sus besos de luz y llevándose en cambio mi último suspiro, se hundió tras las negras montañas. Luego, quedé sola, meditabunda, misteriosa, envuelta en un éxtasis de dolor y en las enlutadas gasas de la noche....

Mayo!

Mayo! el príncipe de inefables alegrías, anuncia su llegada....

La antorcha de oriente derrama más abundante su chorro de oro y va ascendiendo en el dosel del cielo cada vez más fulgente. Viene y trae en sus treinta y un dorados estuches: perfumes, músicas y trinos.... luego, en dulce armonía, le ofrenda a su prometida Natura, que le espera sonriente en su regio trono de esmeralda bordado de rosas y azucenas....

¡Todo es belleza, amor y poesía!

Las noches son blancas, como un mar, tranquilas. La luna, la encantadora diosa de las sombras, derrama sus pálidos rayos que van a quebrantarse en las olorosas frondas y las tersas linfas de la fuente.

La luna.... pálida princesita que lentamente declina, va contando en silencio a su cortejo de estrellas sus historias románticas....

¡Todo es belleza, amor y poesía!

María Esther Valdivieso

Quito, 1927

Aguilas de Ensueño

PARA «AMÉRICA»

LA frescura de una flor, la sonrisa de un arroyo, la transparencia de un lago, la lozanía de un rostro, la frescalidad de unos labios, la tersura de unas manos; el candor de un alma, la diafanidad de un espíritu, la plenitud de un corazón, no os han enamorado con la sugestión mágica de lo bello, hasta el punto de haberos rendido y haberos declarado vasallos del Sentimiento, de la Belleza y del Ideal?

Yo sé de la existencia de un reino a donde no llega sino quien lleva en sus manos la roja y palpitante ofrenda de su corazón en flor; reino defendido por altísimas murallas en el que no penetra sino quien sabe elevarse en alas del Ideal; reino a cuyas puertas montan la guardia apuestos y gentiles caballeros de espadas relucientes y yelmos acerados: reino de luz, reino blanco, reino de oro, reino que se sustenta sobre el púrpura del corazón. Es el Reino del Ensueño.

Yo sé de una senda que se prolonga hasta el infinito, que se muestra en caprichosas curvaturas, que se pierde zigzageante, en lontananza, que asciende hasta besar las altas nubes: senda compleja, senda de misterio, senda inaccesible a la vulgaridad pululante. Es la senda que conduce a los palacios del Ensueño.

Contemplaba yo la marcha majestuosa, lenta, al son de músicas sagradas, y liturgias y ritos simbólicos, de una legión de peregrinos, caballeros errantes y visionarios: blancas sus vestes, diademadas las frentes; en el pecho, sobre el corazón, una flor de luz intensa, que se reflejaba, desparramándose en rosas de iris, sobre el camino que hollaban. Sus ojos, como estrellas parpadeantes, se dilataban, se cerraban, y ya eran la aurora que irrumpe en claridades, ya eran la noche que se desdibuja entre las sombras, como una evocación profunda y misteriosa. Sus labios desgranaban versos, poemas que, como blancas palomas, iban rondando por el espacio o como lluvia de pétalos caían, alfombrándola, sobre la tierra. . . .


En tropel macabro, levantando el polvo del camino, como jauría sin norte, iba por la misma senda innominada muchedumbre: su vocinglería asordaba, sus imprecaciones sembraban pavor, y en sus rostros torvos y en su mirada maldiciente y en sus gesticulaciones diabólicas se traducían el odio, el furor, junto con la incompreensión y la inconsciencia de un mercantilismo sádico y grotesco.

Se trabó la lucha. Los siglos no presenciaron combate más reñido. La fiera muchedumbre, la masa acanallada, arremetió contra la legión sacra de los soñadores, de los que velan sus armas junto al dios del Ideal; y las fuerzas incontables de la muchedumbre iban dominando el pequeño campo de los idealistas. El Soberano de los inmortales dominios del Ensueño, el Príncipe Azul de los reinos del Arte, de la Belleza y del Amor, contemplaba la desigual batalla e iluminado por la visión de un mundo, encarnación de lo bello y lo sublime, con la magia de su poder envolvente trocó a la muchedumbre amorfa, a la masa mercantilista y plúmbea en cuervos condenados a vivir en el fondo de las quiebras y dió a los idealistas, a los soñadores, el vuelo de las águilas caudales que se ciernen, como un punto azul, en el espacio y tienen su manida en las alturas. . . .

Luis F. Torres

CUENTOS REGIONALES

LA ANCHETA...


 COMO no fuese también por aquello de que cada gallo canta en su muladar o quien antes nace, antes paca ¡oh, gráfica y como siempre indiscreta evocación sanchopancesca!, en el solar de doña Encarnación, el primogénito superaba en tercio y quinto a las demás ramificaciones masculinas de ese ya añoso tronco genealógico y ofrecía, en el legítimo y celestial membrete de su obligado gasto, que lo adjudicara solemnemente, con la mística ablución, el cura de la parroquia, fiel a su tradicional, autoritaria e incontrastable costumbre —que a muchos más nos hiciera de veras lucir, sin sombra de merecimientos, para todo el resto de la vida— de lustrar del pecado original a los recién nacidos, emparejándoles con cualquier santo que señalara el mismo día el Calendario, el más clamoroso y fundamental contraste con sus propias características, peculiares dones y condiciones morales.

Angelito resultaba, a la verdad, el mismo *demonio en persona*, como le aguijonaba honestadamente ¡con ser de quienes era! el indeliberado eufemismo de las numerosas y *non santas* pollas de su servidumbre. Diríase, en viéndole entre ellas—que equivale a decir en su propio terreno, en su elemento, ya que la faz ultra—mundana de gentes de mayor cuenta no parecía sino que le arrancara las alas del corazón, acouñándole y alebrestándole más de lo que lo demostraba, que el funesto y nefario príncipe de las tinieblas había tomado la arrogante figura de un olímpico gallo de cría, en la actitud majestuosa de alargar callandita y codiciosamente el plumón de sus alas lascivas... y cantar victoria ante la innumera cohorte de las resignadas e indefensas súbditas de su harén...

Por lo que hace a la buena señora que dió al mundo tan linda e interesante piza y a este humilde emborronado, de cuar-

tillas abundante pasto para llenar otras muchas más; si algo encarnaba no sería sino el prototipo de la mujer irascible, cascarrias, en tal sentido de la cáscara amarga; excelente en el fondo y en la forma, sobre todo en la forma, de gran nombradía cuando hubo comenzado a ser expuesta a las injurias e inclemencias del tiempo, pero terrible en el trato doméstico con quienes le estaban subordinados y prontos a hacer su discrecional, caprichosa e inextricable voluntad. Su vida era como un trillado caminito inflexible, irrebalsable, por cuyas dos férreas paralelas—la una que simbolizaba su misticismo hosco y exagerado y la otra esa su aberración, su monomanía incurrable de guerrear con las criadas— deslizábase suavemente rechinando al goce eterno y prometido en las inimaginables regiones del Empíreo.

Y Angelito estaba, como hijo de su madre, en inminente peligro hasta de que le canonizara, poseído por convicción espontánea y recóndita, el plebiscito de sus familiares y el círculo por cierto restringido de sus amistades y relaciones. Con lo que el cebo de esa fama espúrea y deslayada, cual la de muchos prohombres cuya decantada excelcitud y prestancia residen sólo en la fermentida apariencia, sabía él aun más seguir alimentando a las mil maravillas, con ingeniosas mánitas y esa su cara humilde y bonachona, como la de quien no hubiese rompido jamás un plato, según querían darlo a entender también sus fámulas...

Pero a doña Encarnación, que le sobaban para el martirio perenne en el infierno de sus réprobos vivientes, faltábale lenguas para loar y encarecer las prendas y buen natural de su Niño-Prodigio.

No sólo su mérito era lo que podría llamarse negativo, por ausencia de malas cualidades y condignas obras, sino que estribaba además en las relevantes dotes de inteligencia y de corazón que ya se vería hasta dónde exaltaban, con los abonos del tiempo y del estudio, su misérrima perso-

nalidad. Angelito constituía una fundada esperanza de los suyos, así, con pocos amigos, señero, ponderado y obsecuente que, en su chiribitil apartado como en el mejor lugar estratégico de la vieja mansión solariega, lejos de la grandulería avezada a la vida correntona y a las mil aventuras y desventuras del arroyo, pasábase los días cual un curioso ratoncillo de los papeles impresos o una fiera familiar agazapada a la sombra de su encrucijada, para el salto predatorio y felino....

Desde allí, en rigor, podía él, o por entre pasillos, traspatios, recámaras y bastidores, desmentir esa buena opinión y magníficas apreciaciones que se habían granjeado y dar pic a todas las contrarias, que cabían concebirse, residiendo sus hechos positivos y reales... Y podía también aquello evidenciarse las veces que, con tan inusitada frecuencia, no encontraba forma de sustraerse lívido, tembloroso y desconcertado, cual si de la indagación y castigo de sus propias y feas falencias se tratase, a las soberanas reprimendas que de viva voz o por escrito... con sangre y el maldecido auxilio de un roble o un rebuque formidables, la avinagrada señora Encarnación o su más temible hija Esperanza, tenían a bien administrar, con sevicia atroz, a cualquiera de sus endemoniadas e intolerables sirvvas domésticas, luego de hacerla comparecer ante su terrible tribunal, afezradas al prejuicio cándido de que eran ellas por naturaleza malas, proclives al pecado y "llevadas por el mal", siendo poco menos que punto de conciencia no dejarlas "pasar una", precisiéndose gobernarlas así....

Pero no había caso; ello era imposible. Angelito venía a mostrarse tímido, medroso, delicado, immune de esa inocente malicia y perversidad de los niños siquiera, sin el desembarazo de la sociabilidad, hueraño, que ni se hacía sentir, menos para inspirar en su mengua la más mínima sospecha o desconfianza....

Y es lo que más lo echaba a enhorramala, de todas veras, la atrabiliaria señora, para ponerlas a raya a sus sirvientes, rememorando siempre y estableciendo sus parangones entre los felices tiempos en que las tales sí eran de lo mejor, expeditas, dóciles y calladas, y los actuales en que han venido a querer en un todo, hombrarse con las señoritas, tener, también sus galanes y devanarse los sesos en lios amorosos, para culminarlos, si a manos viene, en casorios... Espejo, peinetas, agua para la cara y botas.... Y vean ustedes a la pazuera de la señora Cornelia con za-

patos y esa cara de vaqueta; la lagartija de la Rosa seca, el tonel sin fondo de la Rosa gorda y hasta mi renegrida motilona lilitipiente, también siguiendo a las mayores... Mordía y crugía doña Basisco, pasando revista a las propias y las ajenas bolsiconas por sus indefectibles remoqueles y endilgándolas como siempre, hasta con son de una caricia, una letanía de improperios. ¡Ave María Purísima! Si todo era obra del demonio, en estos tiempos de perdición, que anunciaban el juicio final, la terminación del mundo!

Y cosa no podía su primer retoño, ahora principalmente en que era menester la fuerza de un hombre para castigar tanta maldad y corrupción tanta y reprimir la cólera del cielo, que sentía gravitar sobre sí la alharacañonía meticulosidad femenil. Doña Encarnación lo sostenía y aseguraba como hay Dios, agitando a cada triqui-traque la diestra con el índice y el pulgar en cruz y trazándosele por de contado sobre la proboscis; lo repetía y materializaba casi; reconstruyendo la escena con su mímica y modales, allí, en el corro sigiloso formado en un rincón de su cuarto, con gran pasmo y admiración de la mayoría circunstante: su hija mayor, pronta a secundarle y ratificarlo todo, aun con testimonios que estaban lejos de alegar, de fiar; su propia madre octogenaria, que se adelantaba triunfal al misterio descubierta, relatando interminables e inverosímiles casos y sucedidos, ante los que sólo venía a ser un obligado y pálido epílogo el que acababa de consumarse; su mismo esposo también envejecido y enclenque que, en cambio, le iba en todo con "la contra", poniendo en tela de juicio cuanto oía y neutralizando los efectos de la emoción. —Calzonudo inútil, inservible, como lo matraqueaba por lo bajo, displicente, cuando ya se cansara de hacerlo por lo alto, que era el pan nuestro de cada día y la chispa de furibundos incendios domésticos,—la consorte del excelente don Buenaventura, que venía a ejercer para las víctimas algo así como el recurso de fuerza o de la corona y el derecho de tuición en la órbita de su poder por desgracia devastado y desprestigiado, que mal podía dar de sí las apetecidas consecuencias....

Y ella seguía en sus trece; lo había visto realmente con esos ojos que se han de volver tierra: la casualidad—esa maga caprichosa, al fin, como mujer— que le descubrió apenas el velo de esta visión infame de cabaret o de prostíbulo, en un tris estuvo, sin embargo, de descorrerlo del todo, haciéndole comparecer al primer

pronto *in puris naturalibus* a la chola más peripuesta y remirada, la que precisamente más había dado que hacer en los últimos tiempos, a Nicolasa, despidiendo a un hombre por el ventanal del refectorio, a eso de las siete, cuando tranquilo y confiado departía en el aposento contiguo el señorío e iba a comenzar la oración.... No cabía la menor duda: era un bulto, una persona, digo más, un hombre, un hombre "con pantalones"—como subrayaba la exploradora— el que, derribando al suelo la vajilla, acelerada, atropelladamente, roto ya el sigilo y relampagueante la sorpresa, roto todo.... y en rota él mismo desesperada, había ganado la resquebrajadura de los cristales de la ojiva y ¡zas! saltado al emparrado, al tiempo en que la cegarrita dueña de casa, penetrando *pian pianino* en la estancia, débilmente iluminada a merced de un quinqué, en poco estuvo que no hiciese de su adiposa humanidad un *pot-pourri* de dos mil demonios con el cuerpo o los cuerpos del delito, yacientes en la frigorífica tarima cual horribles serpientes del pecado.... Ah! si pudieran haberle a las manos al sátiro y regalarle de esta hecha al cuartel! O si al menos Angelito fuese un *hombre* capaz de sustituir al padre complaciente y bondadoso y hacer respetar el hogar!

Y no había quien se lo quitase, bien así como esa última y atroz certidumbre de que no parecía tratarse del *debut* audaz ni siquiera de los atrojados pinitos; antes, de que la obra se hallaba viento en popa, según que todos los signos que ahora se advertían en la salud de la muy ladina lo delataban a ojos vistas, y que iba a rematarse con un nuevo remedo, una nueva y sacrilega profanación, y en el más grosero barro, del misterio del divino alumbramiento.... por obra y gracia del Espíritu Santo!

¡Cómo no llueve fuego sobre esta casa!, exclamaban a una todas las faldas, coincidiendo en el mismo temor y pensamiento, como hubieron de coincidir luego, tras de largas y ceremoniosas consultas al confesor familiar y a todo el vecindario, en el de despedir a Nicolasa, entregándola sin pérdida de tiempo en manos de sus propios padres.

Fuése así a poco la cuidada delincuente, groseramente rellena además de abundantes provisiones, con que seguir alimentando a solas su cólera impotente y reconcentrada y su mal reprimida venganza, en forma de elocuentes cardenales y otras más reverendas y auténticas lacras y cicatrices, recuerdos flagrantes y cariñosos de la

prodigalidad malsana de sus amas; y séale, por lo que a nos toca, la tierra ligera, que allí la hemos de dejar para siempre, no sea sino por seguir a ellas en sus desaladas andanzas tras el consuelo de la filosofía popular que insinúa: A rey muerto, rey puesto.

Pues ha de saberse que puntos calzaba en achaques de la laya sobre todo la familia de nuestro cuento, como para no quedarse atrás ni ser menos que otra ninguna de la localidad, y así primero que dejase de ponerse el sol, antes de que se privase de la asistencia de una o dos docenas de esclavas de todo porte, catadura y condición. Así venía siendo en realidad la servidumbre de esta muy señora nuestra, para la que era una gloria, por ejemplo, salir los domingos y fiestas de guardar, a oír la santa misa, seguida como en procesión de un enjambre de servidoras rica y pintorescamente engalanadas, en cuya abigarrada vestimenta no se encontraría, a buen seguro, por mucho que se escudriñase, tono o matiz de la policromía prismática que no brillase evidentemente por lo que debe brillar entre cristianos. Todo su séquito, eso sí, de la maravillosa costilla de Adán, y cuando más algún desmirriado y futuro Gravroche, que en creciendo unos jemes ya se arbitraría la mejor manera de que se las arreglase aparte, a fin de conservar la tradicional moralidad, orden y compostura entre sus antiguas camaradas del oficio.

Poniendo bocas por aquí y por allí—para sufragar por la monjería usual de nuestros personajes, en gracia a la mejor inteligencia de esta verídica historia— nada difícil fue, pues, que a la vuelta de pocos días se les recomendará una rolliza y retrechera jamona de la raza aborigen, impoluta virgen de las selvas, india de pura casta, que conservando en lo demás el pelo de la dehesa, denotaba en ciertos toques de su persona y sus costumbres alguna mayor evolución y refinamiento civilizado.

Enfundada en su refajo corto de burda y áspera bayeta llamativa, con vasto escote al pecho coronado de gruesa gargantilla de abalorios, paralela a la convexidad nivea del borde del asligranado corpiño, por el que estaba derramándose la tergüencia sabrosamente lujurante de sus senos de virgen; la albura de una especie de chalina o mantón a las espaldas; los contorneados brazos descubiertos, en consonancia con esa otra voluptuosidad tentadora de las pantorrillas y sobre la espesa y reluciente maraña del cabello de azabache, que remataba en una apretada y robusta trenza ceñida hacia atrás, hasta la cintura, el amplio

sombrero de lana; presentóse ella, hecha un lampo, hecha un armiño, apadrinada de los suyos, a concertar sus personales servicios con el ama de casa.

Acogióle ésta con mil de zalemas y arrumacos, ponderando lo bien que se enseñaría a su lado, con el ejemplo de las demás infelices parias que contaban por rosarios y salterios sus años de permanencia y muchas de ellas envejecían e iban muriendo en la casa, y con la oferta de una veste para cada Corpus y la pella de míseros reales ahí para tentar la codicia de los que iban a vender la persona humana, para toda la vida, como cosa, artefacto o cachivache de la más ruin colización y lucro. El fuerte de la captación de la ama consistía en hacer hincapié en que "era distinto" servir en una "casa grande", en donde aprendían a ser gentes y vivir cristianamente, sin los tormentos de la gazuza, y otras lindezas de este jaez; si bien intuitivamente—sin hacerse el menor cargo de cuantas perrerías se la aplicaban, por las malas lenguas—aquello de la "casa grande" les escocía un tantico a los indígenas y a la propia Sebastiana, quien, al fin, hubo de quedarse—por no dar que hablar de sí, aducía regocijada más que todo, para sus adentros, con la preciosa obención prometida—.

Un par de escasos días serían apenas transcurridos, cuando anocheció y no amaneció en la casona medioeval donde había ingresado, la pulcra e interesante Sebastiana, no sin antes haber hecho concebir un castillo de ilusiones y esperanzas a sus patronos, inclusive a Angelito que con el rabllo del ojo venía desde los preliminares de la postura, atisbando a la hembra, que le hacía "agua la boca" cual si estuviese saboreando baticinios, y acuciando a su madre, con su gramática parda, para la liberalidad en lo de prometer y ofrecer y en lo de ceder cautelosamente a cualesquier pretensiones....

Y no había poder humano que le consiguiese tornar a la "casa grande" a esta india refinada, como le graduaba, a vueltas de otros títulos a cual más empingorotados y enjundiosos, su patrona de un día, añá-

diendo que decididamente los tiempos estaban cambiados y los *mitayos* pobres todavía. En realidad, la tal era de esas que no podían ser habidas ni con anzuelo ni con tenazas, y su aversión en particular al blanco parecía a la más tímida y velada insinuación aviesa de su parte, exasperarse salvajemente y con escándalo. Para ella era lo que más afeaba a las cholos y campesinas que habían caído en las garras pecaminosas de esa raza silenciosa y secularmente excecada y que alardeando primero de pertenecer a "casas grandes", fuera ya de ellas no tienen empacho de seguir ostentando las pruebas de su impudencia y liviandad—esos testimonios "vívitos y coleando" que por un secreto de la Naturaleza están a la legua, más que ningunos otros, identificando su origen—con el necio e inconstante orgullo de haber sido validas o privadas de ese o aquel otro señorito de la abusiva aristocracia....

De buen grado habría dejado de ser, en la besana o en la rastrojera, la cervatilla fugitiva y montaraz para bajar mansamente la cerviz a las artes cinegéticas de alguno de su misma sangre, sin escrúpulos del sambenito que, en su caso, las otras es lo que más temen y aborrecen; empero a las de un blanco, jamás, jamás....

Y de aquí crecía mayormente su súbito arrepentimiento y oportuno y contrario ánimo para servirle como "un zucco" a doña Encarnación, que es lo que ésta se hubiera querido; pues lo que escupía, con desdén olímpico, hurtando el cuerpo y castañetándose ruidosamente las posaderas, al rostro de cuantos iban a perurgirle que volviera sobre sus pasos y subsanara la desersión:

—"Eso, ca, no, anumiya, bonita. Naturales no gustando meter con blancos. Qué más se quisieran.... La ancheta! Sí, para salir como señora Nicolasa, por culpa del niño Angelito.... Qué ancheta!"

Julio P. Mera

Ambato, 1926



La Medicina y la Pintura Holandesa

AL visitar los Museos holandeses — cuya pintura sólo conocía fragmentariamente —, no esperaba encontrarme con tan ricas colecciones y menos aún con algo que desde un principio llamó mucho mi atención: el gran número de cuadros inspirados en motivos de Medicina en sus múltiples aspectos. Mas de un lector seguramente, al leer el título de este artículo se habrá preguntado ¿qué tiene que ver la Medicina con la pintura holandesa? Espero que la respuesta la encuentre a lo largo de estas cuartillas.

Ninguna de las grandes escuelas de pintura — por lo menos que yo lo sepa — ha tratado como la holandesa aprovechando como motivos de su arte, los distintos matices y manifestaciones de la Medicina. La contemplación de las tres o cuatro obras maestras que todo el mundo conoce, no me hubiesen hecho meditar en el fenómeno, pero el conocimiento de tan gran número de obras inspiradas casi en un mismo tema, obligó a mi espíritu a detenerse y pensar en el porqué de este carácter pictórico.

¿Por qué los pintores holandeses de los siglos XV y XVI trataron temas que al parecer no encajan bien como motivo de belleza? ¿quisieron ridiculizar o al contrario testimoniar su veneración por los médicos y la medicina de su tiempo? Vamos a ver si es posible llegar a una conclusión, después de hacer un análisis esquemático de cada uno de los cuadros que hemos visto.

Como todo el mundo sabe, buena parte de las obras de arte de un país, se halla en los museos extranjeros; Holanda que no es la excepción, tiene gran parte de su pintura repartida en los museos de Europa; por tanto, los cuadros que me van a servir de documentación para este trabajo, es posible que no sean todos los que los maestros pintaron inspirados en temas de Medicina, muchos seguramente están en otros museos. Pero para nuestro objeto, creo que con lo que tenemos ya es bastante.

Ahora bien; al ocuparme de esta modalidad de la pintura holandesa, voy a prescindir en absoluto de todo lo demás, y muchos pintores de primera categoría, y naturalmente, la mayoría de las obras aun cuando estas sean maestras no serán men-

tadas. No voy a hacer la descripción del arte holandés, sino únicamente la cita de unos cuantos cuadros orientados en un determinado sentido de cuyo examen pretendo obtener alguna conclusión.

REMBRANDT Van Ryn de Leyden, es el pintor que con más fuerza nos ha hecho sentir el arte maravilloso de sus cuadros. *La lección de Anatomía*, que está en el Museo de la Haya, es con *La Ronde de Nuit* y *Los Síndicos* que están en Amsterdam, sus tres obras maestras.

La Lección de Anatomía del Prof. Tulp, obra de los veinticinco años, es la más acabada manifestación del dominio de la técnica, de la composición y de esa personalísima manera de aprovechar la luz. El cuadro es un cadáver que no produce repugnancia, céreo, cadáver de cámara frigorífica; del ante brazo izquierdo se ha hecho ya la disección, el Profesor Tulp enseña los músculos descubiertos a sus discípulos que religiosamente atienden, sólo él está cubierto con amplio chambergo, la luz inunda la faz de sus discípulos y todo en derredor es de una tranquila y enigmática semioscuridad.

Otra *Lección de Anatomía del Prof. Deyman* está en Amsterdam; aquí el cuadro, sólo tiene tres personajes: el cadáver, el profesor y un discípulo. El cadáver se halla en decúbito supino semi flexionado, tiene el cerebro al descubierto y el profesor levanta con unas pinzas el *pulvis cerebri*, el discípulo que se halla a la derecha tiene en una mano la calota del cráneo, todo el cuadro está rodeado de un ambiente de serenidad, muy propio de la tarea que se está llevando a cabo.

La Muerte de la Virgen, es un aguafuerte. La Virgen María, expira en su lecho asistida por un médico, un gran rabino cubierto de una mitra se halla al pie de la cama, personajes enigmáticos que se cubren la cara unos, otros en actitud de orar y todos llevando en el rostro las claras huellas del dolor moral.

El Doctor Ruusto, aguafuerte. De pie ante su mesa de trabajo mira a la ventana donde se ve un personaje que enseña solamente los brazos y las manos; la cabeza está sustituida por un disco iluminado donde se lee el nombre de Cristo y entre otros caracteres enigmáticos el nombre de Adán.

Jesús curando los enfermos, aguafuerte. Este cuadro conocido también con el nombre

de «La moneda de los cien florines», presenta a Cristo lleno de bondad y caridad en medio de cojos, mancos, paralíticos, etc.; es uno de los más célebres aguafuertes. Todos estos se hallan en la Casa de Rembrandt, en Amsterdam.

Otro de los pintores más significados en temas médicos es JAN STEEN. He aquí sus obras que comentaremos con menos extensión.

El Charlatán, del Museo Boijmans de Rotterdam, es el tipo universalmente conocido del vendedor de específicos para todo, el que con sus hábiles discursos embauca a la gente crédula del pueblo.

La visita del Médico, está en el Museo Nacional de Amsterdam. El médico toma el pulso a la enferma que tiene en el rostro una expresión de angustia y de interrogación. Magnífica observación del pintor, llevó fielmente al lienzo la tragedia moral que sólo los médicos están acostumbrados a ver.

Un Médico visitando a una joven, cuadro del Mauritshuis de La Haya. Un ángulo de salón holandés, la joven enferma sentada, mira la mano del médico que toma la suya; la madre de la enferma no lejos del médico asiste a lo que él hace, a la izquierda, una mujer aviva el fuego de la chimenea.

La enferma de amor. Cuadro que está en el Museo de Amsterdam. La joven atacada de este grave mal, sabe que el médico que le toma el pulso nada podrá hacer en su favor, esta enferma deja hacer, no mira al médico, esa mirada no tiene firmeza y ¡qué mas da una visita más! Un laúd cuelga muy cerca de la cama, las notas de ese instrumento tendrán seguramente más eficacia que las drogas que recete el médico experimentado.

La visita del Médico. Otro cuadro que se halla en el Mauritshuis de La Haya. El Médico, luego de haber examinado a su enferma que se halla en el lecho, recibe de la madre de ésta, una copa de licor. Los médicos de esta época jamás dejan el sombrero en el perchero como hoy se hace ¿es qué su autoridad y la fundación de su ministerio les permitía permanecer cubiertos donde todos se quitaban su sombrero?

El dentista. También del Museo de La Haya. Representa al clásico scamuelas ejerciendo su oficio en la plaza rodeado de chicos que se ríen y de viejos que se asustan; sobre un barril que es mesa improvisada, frascos, monedas, pinzas y mil chucherías.

Como la descripción de cada uno de los cuadros sería sumamente larga y sin enseñar nada, aburriría mucho, voy únicamente a citar autores y títulos de las obras.

J. de BRAY, de Haarlem, tiene un cuadro que se titula *El Charlatán*, muy parecido al de Steen.

BUIJTENWEGH Guillermo, de Rotterdam. Un cuadro *La lección de Anatomía*, está en el Museo Boijmans. Hay otra *Lección*

de Anatomía del siglo XVIII pintado sobre un omoplato de ballena, de autor desconocido; está en el Museo de Middelburgo. Nótese el número de cuadros con el mismo tema.

KEYSER Thomas, de Amsterdam. Tiene dos obras, una, su *Lección de Anatomía del Dr. Sebastião Eybertsz en 1619*, en el Rijks-Museum de Amsterdam. Otro es el *Retrato de un médico anciano*.

GELDER Aert, de Dordrecht. Un retrato del profesor médico H. Boerhaave.

SCHALOKEN G. de La Haya. Un cuadro, *El médico empírico*.

SURIE J. Un cuadro que está en el Museo de Arte Moderno de La Haya, se titula *Joven enferma*.

TEMPEL A½ van der. Un retrato del profesor médico van der Lindén, en el Museo municipal de Leyden.

SCHUER Th. van der. Un cuadro que titula *La peste en 1682*.

BRAY J., de Haarlem. Dos cuadros que se hallan en el Museo Frans Hals de Harlem. *Regentes del Hospicio de Niños Pobres*, el otro se titula *Regentes del Hospicio de Leprosos*.

TROOST Cornelio, de Amsterdam. *Los Regentes del Colegio de Medicina en 1724*.

ISRAËLS J. Tiene un solo cuadro con este motivo *El vecino enfermo*.

QUAST P. Un cuadro que titula *El Cirujano*.

OSTADE A½ van. *El Charlatán* seguramente inspirado en el cuadro de Steen.

BURGH van der. *Cortejo de doctores en Leyden*.

QUELLINUS A. Un relieve en mármol del doctor Tulp, en el Museo Six.

BOL Fernando, de Amsterdam. *Cuatro médicos a los cuales un padre presenta un niño leproso*. Cuadro maravilloso que se halla en la sala de Burgomestres del Museo Six; una verdadera obra maestra y como tal la consideran los críticos.

BACKER A. Un cuadro titulado *Directores de un Hospicio de Ancianos*.

HOOGSTRATEN S. van. Un cuadro en el Rijks-Museum de Amsterdam, de un profundo realismo y fidelidad. Se llama *La enferma*.

Vamos a terminar esta lista que va siendo un tanto pesada, con cinco nombres que hemos visto en el LOUVRE.

DUJARDIN KAREL, de Amsterdam. *Los charlatanes italianos*. Escaramuche y Arlequín improvisan en el campo su tablado. Los paisanos crédulos prestan maliciosamente su atención y oyen ponderaciones de las drogas que anuncian. Escaramuche y Arlequín.

FRANS HALS. *Un retrato de René Descartes*. Copia el temperamento del filósofo, melancólico de senectud con mezcla de ascetismo; cabellera descuidada, rictus entre in-

diferente y adolorido, revelan al misántropo y al enfermo, al espiritualmente melancólico. BREKELLENKAM Quieringh. Un cuadro de pequeñas dimensiones *La Consulta*. ZWAMMERDAM. *El médico y la enferma*.

DON GERARD, de Leyden. *La mujer hipóptica*. La mujer sentada frente a un ventanal recibe la luz de lleno, el médico le da una cucharada, una mujer le atende, otra de pie, mira el contenido de un frasco. Este cuadro considerado como una obra maestra, afirma nuestra creencia de que no sólo era curiosidad lo que les llevaba a los maestros holandeses para inspirarse en estos temas. Había algo más. Había verdadero fervor por tratar artísticamente lo que al parecer carecía de belleza.

Anotaré que todos los médicos que aparecen en estos cuadros, llevan siempre el mismo, el clásico traje de la época. Siempre el vestido es negro, chaqueta y calzón corto, gorguera y encajes en las bocanangas, unas veces chambergo, otras sombrero de copa alta, los inevitables guantes y la capa insustituible.

Téngase en cuenta que aunque la Medicina se hallaba en esa época casi en pañales y era duramente criticada, no por eso bajó ni por un instante ese respeto religioso y a veces también esa fe plena que todos tenían en los hipocráticos discípulos. El pueblo holandés, fuerte y optimista que gusta como pocos de los delicados placeres culinarios y que tiene horror a enfermar, quizo ver tal vez en los médicos, los guardadores, los componedores de su salud, y, por tanto, una manera de exteriorizar ese respeto afectivo fue precisamente este: llevar al dominio del arte lo que en la realidad era dolor.

Los pintores holandeses no trataron ni por un momento de satirizar a la Medicina ni a los médicos; sus cuadros nos dicen lo contrario; Rembrandt y Steen trataron con religiosidad y con gran amor estos temas. Era el sentimiento colectivo el que a través de sus

artistas intérpretes iba a plasmar su reconocimiento en la Medicina. Este pueblo llegó a tener como ningún otro la más exacta idea de lo que vale la salud. El médico era por lo tanto un factor muy esencial; así se explica que a pesar de esa relativa ignorancia de la época, fueran tan ciegamente acatados. En los cuadros que hemos visto no hemos encontrado el menor indicio de burla o de mofa; al contrario, todos son tratados desde un punto de vista muy humano, tratando de aligerar artísticamente, el peso de los males materiales. Los enfermos de estos cuadros parecen menos graves que los que vemos en la realidad, hasta los cadáveres son menos cadáveres. Los holandeses trataron el dolor muy suavemente; acertaron por tanto. Cuando se poetiza el dolor, cuando se le levanta del limo para llevarle a las regiones del arte, hay que cubrirle de discretos ropajes de galas modanadas; estas no han de ser tantas que hagan olvidar que es dolor ni aquellos han de ser tan espesos que no dejen ver lo que es. Los dolores mejor soportados son siempre los que nos llegan mejor disfrazados. El temperamento humano no está hecho para mirar de frente sus desdichas; intentamos aún inconcientemente crecernos menos afectados en la desgracia y en cambio, sí más felices en la alegría.

No es buena práctica bucear en el dolor, ello nos llevaría a la desesperación, que no otra cosa le pasa al hombre saturado de penas. Iríamos en contra de la naturaleza; ella es vida, es optimismo, es alegría, y el hombre para ser biológicamente perfecto debe intentar vivir y vivir bien, sano y fuerte, alegre espontáneamente y, finalmente optimista.

Los holandeses tienen gran parte de estas cosas y así han llegado a ser sanos, fuertes, ricos y poderosos. Y son un puñado de hombres.

César A. Naveda

Madrid, Marzo de 1927

SE COMPRA

el Tomo Primero de HISTORIAS EXTRAORDINARIAS, por Edgar Allan Poe.—Edición de la Casa Mateu.

DIREJASE A LA DIRECCION DE ESTA REVISTA
APARTADO Núm. 75

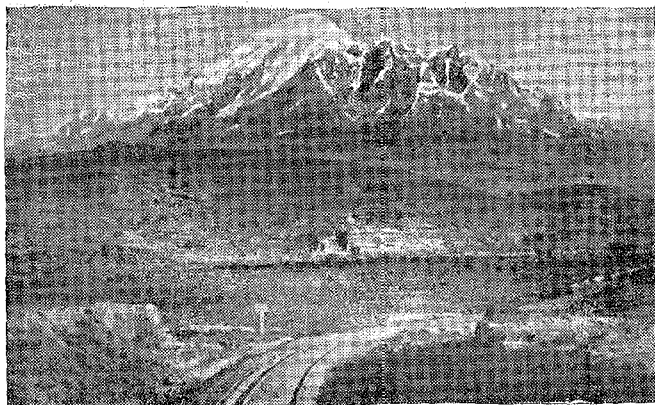
FLORES... ESTRELLAS...

FLORES, divinas vírgenes ignoradas,
 Que, en las espesuras de las selvas intocadas,
 Abrís el tesoro de vuestras castidades
 A la lírica música de las soledades:
 Quién sabe vuestras tristezas,
 Quién aspira el perfume de vuestros corazones,
 Flores, que abrís los cálices en los rincones
 Del bosque en la remota quietud de las malezas;
 Corolas, como almas de impúberes novicias,
 Corolas, como pechos henchidos de pasión,
 Quién os da sus caricias,
 Qué loco enamorado os canta la canción
 De dulzuras, de ensueños, de ansiedades, de amor,
 Oh flores de silencio, de misterio y de dolor.

ESTRELLAS nunca vistas, perdidas en las desesperaciones
 De los espacios inclementes y lejanos,
 Perdidas en el polvo de las constelaciones,
 ¿Sóis promesas de luz a los humanos?
 Flores divinas, estrellas ignoradas,
 Caídas en el fondo de las noches calladas!...

Palemón Estilfa

1922



EL CHIMBORAZO

LAS TRES MADRES

TRES madres cuyas vidas apagó simultáneamente el mismo soplo, llamaron a las puertas del Cielo. Acudió el celestial conserje, hízolas entrar y ordenó a un mensajero las condujera hasta el trono del Juez Supremo, en la Sala de la Justicia, para que Aquel pronunciara su inapelable fallo de premio o de castigo.

Llegaron las tres madres ante el Altísimo y prosternáronse a sus pies, en espera de ser juzgadas.

Díjoles el Señor:

—Aunque ya conozeo cómo cumplisteis vuestros deberes de madres, quiero que cada una de vosotras me diga lo que por sus hijos ha hecho, a fin de que seáis vuestros propios jueces.

—Comenzad, —ordenó a la primera.

—Señor, —dijo ésta,— plugo a vuestra infinita bondad otorgarme un hijo sano, fuerte, animoso, bello, resuelto y dominador. Creí sagrada obligación mía hacer fructificar tan extraordinarios dones enderezando a mi hijo hacia el destino que le estaba señalado. Preparélo, pues, y lo eduqué para que fuera un gran soldado.

Mis empeños no salieron fallidos. Mi hijo estubo a la cabeza no de uno, sino de varios y numerosísimos ejércitos; destruyó y dispersó a los enemigos de su patria; conquistó para su país respeto y fama, afianzando sus derechos y sentando sólidamente los cimientos de su grandeza. Fue un guerrero invicto. Su suelo lo debe todo a mi hijo, y éste, a mí. Porque templé su carácter, fortalecí su ánimo y vigoricé su brazo para que llenara totalmente sus excepcionales destinos.

—Así fue, en verdad, —observó el Juez Supremo,— y ahora mismo, tu nación, para perdurar tu memoria de abnegada madre, te levanta fastuoso monumento, además de que tu nombre está estrechamente ligado al de tu hijo y su gloria será la tuya mientras dure...

Pero, más allá de las fronteras de tu país y aun dentro de ellas mismas, se alzan clamores de odios y venganzas. Y otras madres, las de las víctimas sacrificadas por tu ilustre vástago, maldicen el fruto de tus entrañas y maldicen también a la que dió el ser al verdugo de sus hijos.

Debería castigarte eternamente, porque olvidaste lo sólo importante, lo único que tiene valor a mis ojos: modelar el corazón de tu hijo y acrisolar sus sentimientos para que, antes que exterminador de sus semejantes, fuese

su apóstol y su guía, enseñándoles a amarse como hermanos. Mas, en mi severa clemencia, quiero que vuelvas al mundo a considerar por ti misma los funestos resultados de la educación que diste a tu hijo, sufriendo y padeciendo con todas aquellas que aún gimen por lo más caro que les fue arrebatado. Véte a padecer en tu orgullo y en tu sensibilidad maternal, escuchando los anatemas que lanzan sobre tu hijo, y cuando purificada por esta expiación vuelvas a mí, aún apenas podrá darte apartado lugar en mi morada.

—Y tú, qué hiciste? —interrogó el Juez a la segunda.

—Recibí de Ti, Señor, —respondió ésta,— un hijo dotado de prodigioso talento. Su memoria excedía los límites humanos; su penetración desgarraba el mismo arcano; su pensamiento abarcaba cuanto el hombre anhela saber y comprender. Dile, pues, eruditos profesores que preparan su inteligencia; y yo misma, Señor, dispé las neblinas de su infancia y lo conduje, estimulando sus nobles inclinaciones, a la revelación de los misterios que obscecaban a los mortales.

No me arrepiento, Señor, de mis afanes, porque mis ardientes anhelos víéronse colmados largamente. Fue mi hijo un sabio, un revolucionador de ideas, un creador; el Maestro de los maestros; el genio. Su mente forjó nuevos bienes para los hombres. Desgarró los secretos de la tierra, arrancándole las riquezas que ocultaba en su fondo y en sus cumbres. Dominó los elementos y sometiólos al servicio de la humanidad, para su regalo y bienestar. Por mi hijo se multiplicaron las industrias, se dilató el comercio y corrió en áureos ríos el metal que anula o mitiga las miserias. El nombre de mi hijo es bendecido y ensalzado por sus compatriotas y grabado está en los frontispicios de Academias y Liceos. Sus teorías, sus doctrinas y lecciones estudiadas serán por generaciones de generaciones. Y todo por mí, Señor, que reguí y cuidé con desvelo la simiente que arrojasteis en su espíritu.

—No has mentido, —asintió el Juez,—, pero no lo has dicho todo, tal vez porque lo ignoras.

Porque no sabes que forjando y descubriendo nuevas riquezas, fomentó la codicia entre los hombres, atizó su ambición y erigió un altar a su egoísmo. Porque no conoces cuántas generaciones hanse destruido y se destrazarán unas a otras, por disputarse esos mismos tesoros que tu hijo pusiera

ante su vista, y cómo por ellos surgieron explotadores y explotados, tiranos y oprimidos, castas y glebas, amos y siervos.

Tu hijo dominó y sometió los elementos, para regalo y bienestar del hombre, y convirtió a sus semejantes en seres holgazanes, inútiles y despreciables, entregados al placer y a la molificie, y como tales impotentes y cobardes para bastarse a sí mismos. Y el patrimonio de todos despedazado fue, cercado y amurallado en parcelas, y negados sus frutos a los compartícipes de mi heredad, a los hábiles y esforzados que por un mendrugo de pan tornáronse en criados de sus hermanos.

Y no sabes, tampoco cómo sus doctrinas y sus teorías extraviaron o alestargaron la conciencia de los hombres que, desde entonces, ven la virtud donde está el vicio; la justicia en la iniquidad; la lealtad en la perfidia; la sinceridad en la desvergüenza; la franqueza en el cinismo; la condescendencia y la bondad en el miedo y el servilismo.

Tu empeño no fue más allá de los sentidos y descuidaste desbrozar y limpiar el corazón de tu hijo, que así hubiera puesto su genio al servicio de los humildes. Anda, pues, también tú a palpar de cerca cómo son las pasiones humanas alimentadas con el incentivo del fausto, el placer y el poderío. Vete a sentir hambre y sed de justicia entre aquellos que fueron víctimas de la dureza de los hombres corrompidos por el oro que les brindó tu hijo. Y entonces, acaso obtengas ser admitida entre los míos.

Dirigióse, por fin, a la tercera y le preguntó:

— ¿Qué has podido hacer tú como madre?

— Poco, muy poco, Señor, contestó atribulada, — y perdonadme porque hice todo lo que pude.

— Veámoslo, — pidió Aquél.

Nació mi hijo sin más patrimonio que mi cariño ni más sostén que mi regazo; sin padre y sin fortuna. Era feo, según todas las otras madres me lo decían, aunque a mí me pareciera hermoso. Creció débil porque las privaciones secaron la leche de mis senos y

no me fue dado alimentarle plenamente. La miseria impidióme encomendarle a sabios preceptores y dotarle con una carrera de renombre. Y le enseñó lo único que sabía: a amar y sufrir serenamente. Y nunca hubo discípulo más aventajado. Porque fue muy dulce y muy bueno. Y nunca supo cómo es el rencor ni cómo la venganza.

Aprendió a olvidar las injurias y a perdonar a sus enemigos, juzgándolos más extrañados que perversos. Le engañaron, persiguieron y traicionaron apenas quiso depositar su fe en los hombres. No tuvo amigos porque ahuyentábase su pobreza, ni mujeres que le amen, porque nada veían en sus manos. De nadie fue comprendido ni apreciado. Y sufrió, Señor, tanto como hubo amado, y en su vida todo fue amargura.

Y sólo por mí, Señor, que no supe enseñarle otra cosa que amar y sufrir serenamente.

— Fue tu mejor lección, — declaró el Juez a la madre infortunada, — la más bella y la más santa. Por ella, nadie llena de oprobios el nombre de tu hijo, antes lo invocan y lo repiten los humildes que fueron por él consolados y exaltados, los pobres de espíritu que bebieron un poco de luz en sus palabras de amor y de dulzura. Y alégrese saber que, aunque le apellidaran "el loco" porque a todos les llamaba hermanos, fue el más cuerdo y el más sabio de los hombres, el héroe entre los héroes: que mayor fortaleza han menester las luchas del corazón que las lides del soldado.

Día vendrá en que los hombres, oprimos y agobiados bajo sus propias iniquidades, clamen por el Maestro que les saque de sus errores. Y entonces, habrá de enviarles a tu hijo, a repetirles tus lecciones, dictadas por el amor y sublimadas por el sufrimiento.

Y te llamarán la Madre del Amor Humano. Esta será con mi gloria, tu galardón y recompensa.

Ben Omar

Quito, Junio de 1927



LA MENTIRA SOSPECHOSA

CUENTO

(CONCLUSIÓN)

IV

ARDÓ bastante en presentarse oportunidad para que Enrique Gómez prosiguiera la relación que tan intensivamente había avivado mi curiosidad; porque aconteció que se vió obligado a ausentarse, yéndose a Machala en viaje de negocios; y como ni a él mismo le fuera posible calcular cuánto tiempo requeriría para desempeñarse en su cometido, ya yo me figuraba —con positiva contrariedad— que quizá iba a resultar que nunca llegaría a saber lo que aún ignoraba de la interesantísima historia de D. Teófilo Riquelme; y buenos ratos gasté en fantasear conjeturas y más conjeturas, acerca del desenvolvimiento de los sucesos en la tal historia. Pero, héte aquí que, al fin y al cabo, Gómez volvió; había estado ausente casi tres meses. No transcurrieron muchas noches desde su llegada, cuando vi cumplidos mis deseos; y otra vez el pintoresco *Parque Seminario* escuché el lamentable y lastimoso relato de la vida del infortunado D. Teófilo Riquelme. Después de preguntarme Enrique en qué parte quedó suspenso la narración y oída mi respuesta, se expresó de esta guisa:

— El caso fué que Teófilo, seguidamente, adquirió la *certidumbre* de que con el pintorero del primo Rosendo se había ido Adela, seguramente engañada por él y despechada, tal vez, de que ya en casa no quedaba dinero que malbaratar. Maravillóse de que tan a hurtó hubiera podido prosperar el criminal martelo; mas, entonces hizo memoria de ciertos incidentes, a que no diera importancia alguna antes y que ahora se le presentaban como indicios, como semejas de muy probables relaciones íntimas entre los primos, desde algún tiempo atrás, y deploró con todo su alma, no tener a su alcance al canalla infame del Rosendo para castigar su proceder vitando, en correspondencia de la hospitalidad generosa, indulgente, benévola. Cada vez que pensaba en el descarado traidor, temblaba de furia. La inaudita e increíble falacia de Adela causó en el marido vivísimo resentimiento, pungente pesar, inmensa tristeza; y, ante el hijo desamparado, por mucho tiempo no le fué dable contener las lágrimas. Se juró no acordarse más de ella y considerarla muerta, muerta de verdad para él y

para Carlos; y fue su preocupación única desde entonces el cuidado y crianza del niño. Realizó, vendió todo lo que juzgó ya inútil para su nueva vida, y se recluyó en un departamento de la calle del Arzobispo con su querido pequeñuelo; pero como estaba positivamente arruinado, pensó que tenía que trabajar; y así fué como volvió a emplearse en la misma antigua casa comercial donde antes sirviera, cuyos jefes no dudaron en proporcionarle adecuada colocación, para sus años y especiales conocimientos.— Como bien supondrás aunque juntos otra vez en el almacén, jamás me vino a las mientes hablarle de Adela, aunque yo recibía a menudo noticias de ella, traídas por campesinos amigos, que la conocían. Me contaron que, al principio, Adela andaba como sin sombra y muy recoleta, saliendo apenas de la casa; pero que, indudablemente, su carácter, o su modo de ser especial, no le permitió conservar mucho tiempo ese retraimiento; y que pronto viósele afuera, pasear de aquí para allí, unas veces a pie y otras a caballo. No obstante, una persona que tuvo ocasión de conversar con ella, me aseguró que incesantemente hablaba de Carlitos, expresándose con dolorosa añoranza y confesando que su recuerdo no la dejaba dormir, porque sin su hijo le era imposible la vida. De todas suertes y sea como fuere, lo cierto es que ella en la hacienda, a la vuelta de seis meses, era algo así como otro administrador; pues desempeñaba las obligaciones y quehaceres de D. Rosendo tan cumplidamente como él mismo, y de ello hacía continuo alarde. Con no poca frecuencia, sola, gallardeando en su caballo, armada de su buen revólver, recorría extensas porciones del fundo, vigilaba las labores de los peones, reprendiendo con dureza a los holgazanes y remisos; y, siendo de suyo ardua y altanera, no fué raro el caso de lanzar su caballo sobre algún insolente responción y castigarlo con la fusta. Por lo demás, parece que el tal D. Rosendo estaba muy deveras prendado de ella y, en consecuencia, la trataba muy bien, con las consideraciones que a él se le alcanzaban. En cuanto a ella, realmente no sé qué decir; pero siendo como era persona inaccesible a la verdadera pasión amorosa, no sería descamino pensar que ella por D. Rosendo quizá sentía gratitud, estimación, pero nada más; y eso porque juzgara que al valor y a la audacia del primo debía

el haberse salvado de los horrores de la necesidad, en que estaba a punto de caer. Entre tanto, el miserable Teófilo andaba sefiero, taciturno, firmemente empeñado en convertir el apasionado sentimiento que por Adela tuviera en gélido profundo desamor. Mas, de pronto, esta relativa tranquilidad se turbó inopinadamente. Llegué a reparar que Teófilo de día en día manifestábase más preocupado, con apariencia de angustiosa feblidad enfermisa, como si algo grave le acaeciese; y no pude menos de preguntarle qué le estaba pasando, ya que bien sabía él la cariñosa estima que muy cordialmente le profesaba. Sin pronunciar palabra, con brusco impaciente movimiento, evitando mirarme con sus ojos húmedos, enrojecidos, puso en mis manos un papel arrugado. ¿Qué te imaginas del papelito? Pues ni más ni menos que una carta de Adela Torres de Riquelme — así firmaba — en que, con gran exaltación, pedía a su marido que le enviara con el portador su adorado hijito, porque sin él se moría. Por supuesto, Teófilo despidió al dicho portador con cajas destempladas y la atrevida extravagante cartita quedó sin contestación, ya que era lo único que hacer cabía. Pero lo malo fue que tras esta vinieron otras misivas, creo que dos más, si bien bastante espaciadas, según me lo comunicó Teófilo, cada vez más irritado y nervioso. Y razón tenía de estarlo; pues en la última carta, Adela lo amenazaba con venir ella misma a llevarse a Carlitos, agregando destempladamente: «aunque para conseguirlo tenga que matarte a ti.»

— ¡Ah! ¿Esas son las cartas de que tanto se habló? — pregunté vivamente, sin poderme contener.

— Esas mismas — asintió Enrique, poniéndose en pie, en señal de que, por esa noche, bastaba ya de Teófilo y Adela.

V

Quando, a la noche siguiente, esperaba ansioso que Enrique Gómez volviera a coger el hilo de la narración, mi esperanza quedó frustrada: pues mi citado amigo me salió al encuentro con estas palabras:

— Pasado mañana, que es domingo, te vienes a casa, a la hora que más cómoda te sea, para allí acabar de contarte la vida de mi inolvidable Teófilo Riquelme. Es que quiero ponerte ante los ojos bien claros y patentes los posteriores acontecimientos de esta extremo deplorable historia, y con este objeto he escrito algo, reconstruyendo sobre todo la escena principal, de acuerdo con las recientes revelaciones de Adela y en conformidad con las indoles tan hondamente dispares de los interlocutores, que tan de cerca conocí. Con la relación simple, escueta de los hechos, que ahora te haría, no adquirirías verdadera justa idea de ellos. Además, te aseguro que el recordarlos no más, me emociona todavía

a tal punto, que no me sería posible tal vez hablar serenamente de ciertos detalles.

Así se expresó y ya se supondrá que nada había ya de objetar. Me presentó, pues, el domingo en casa de Enrique, a eso de las dos o tres de la tarde; y he aquí cómo comenzó mi buen amigo:

— Para que te hagas cabal cargo de lo que ahora vas a escuchar, juzgo indispensable que tengas una idea, más o menos exacta, del departamento que ocupaba Teófilo y que consistía en un piso bajo. Abierta la puerta de calle — que, según costumbre, generalmente lo estaba — subíanse cuatro o cinco escalones y se daba con una puerta de vidrios pintados, que permitía la entrada a un pasillo en el cual hallábase las puertas de las habitaciones, siendo las dos primeras y fronterizas la del dormitorio de Teófilo y la de la salita. Como el tal departamento no era espacioso, ni mucho menos, los aposentos todos eran de reducidas dimensiones; pero, aparentemente, resultaba cómodo y suficiente para mi amigo, que lo tenía muy limpio y cuidado, pues a este respecto era extremado. Con él, por supuesto, vivía allí Carlitos y también Josefa, mujer excelente, ya provecta, que cuidaba al chico y atendía a los menesteres de la casa. Hay que advertir que en el dormitorio de Teófilo existía una puerta pequeña, que daba acceso a la pieza que ocupaban Carlitos y Josefa, porque, a no dudarlo, el padre había deseado hallarse siempre lo más cerca del hijo queridísimo, para volar a su lado, al instante, en cualquier evento; y es que el buen Teófilo se desviaba por él, contemplándolo cada día más inteligentemente y más lindo.

Dicho esto, Enrique abrió una mesita-escritorio y sacó unos papeles que examinó ligeramente y conservó en sus manos, leyendo en ellos casi continuamente, mientras hablaba, reanudando el relato, como sigue:

— Apenas habría transcurrido una semana de haber llegado a manos de Teófilo la última inquietante carta de Adela, cuando una mañana, muy temprano, puse que no había él salido todavía para dirigirse al almacén donde trabajaba, oyó que alguien tocaba en la puerta vidriera. Acudí a ver quien podía ser: a aquellas horas; y cuál no sería su asombro, su espanto, al dar su mirada con Adela en persona, que con celeridad traspuso el umbral y que, casi atropellando al atónito Teófilo, penetró sin detenerse en el dormitorio de éste. La escena que en seguida se desarrolló no tuvo testigos que la presenciaran, ya que, sin la menor sospecha de nada, Josefa y Carlitos hallábase tranquilamente en las estancias interiores.

— ¡Cómo! ¿Tú...! — exclamó él.

— Yo misma — afirmó la recién venida — ¿No te lo escribí?

—Es que yo no me figuré nunca que fueras tan sinvergüenza, que te atrevieras a venir a mi casa.

—Bien comprenderás que no he venido a que me insultes; hazme, pues, el favor de no seguir por ese camino.

—Hazme, pues, tú a mí el favor de irte —indicó colérico el marido.

—He venido a lo que ya sabes, y no me iré sin conseguirlo—replicó con entereza Adela.

—Mira, Adela, anda, véte; no hagas que pierda la paciencia.

—Yo no he venido a verte, ni a que me veas. Yo he venido por mi hijo; y me lo llevaré, me lo llevaré—profririó Adela con porfía.

—¿Qué estás diciendo! ¿Te has vuelto loca? Eso no se verá nunca—sentenció Teófilo, poniéndose de pronto trémulo, demudado.

—Dámelo, Teófilo, dámelo —suavizando el acento, suplicó con ardor la madre. —Considera que Carlitos necesita los cuidados de su madre. ¡Pobrecito! Y que yo no puedo vivir sin mi hijo.

—¿Y crees tú que yo podré? Yo, que para él soy padre y madre. No necesita de ti. Estás loca. En fin, no esperes más, sal de aquí.

Adela lloró, gimió; dejó la silla en que se había sentado y tornó a rogar una y otra vez, arrastrándose de rodillas por el suelo y repitiendo que la vida le era imposible sin tener a su lado al hijo idolatrado. Mas, ante el marido tenazmente negante, hubo al fin de convencerse de que suplicaba en vano. Levantándose, pues, con prontitud, declaró resucitamente:

—¿No me lo das? Pues voy a buscarlo y me lo llevo.— Y dió unos pasos hacia la puerta que comunicaba con el cuarto de Carlitos; pero Teófilo, que se encontraba más próximo, alcanzó a echar la llave que estaba en la cerradura y a guardársela en el bolsillo.

—Convéncete —aconsejó el marido, de momento en momento más y más pálido— de que yo por nada del mundo permitiría que te llevaras a mi hijo. ¿Qué derecho tienes tú sobre él? Habiéndote portado de manera tan indigna ¿con qué cara te atreves a reclamarme mi hijo? Basta, pues, ya: ándate, sal, sal.

—No, no y no. No me voy —repuso con vehemencia la mujer.— ¡A ver! Yo misma quiero ir por él; dame esa llave. ¡A ver!— Y diciendo esto, se fué impetuosamente sobre Teófilo, deseosa al parecer de apoderarse de la llave que él guardó.

Adela era fuerte y robusta y él se encontró poco menos que incapaz de repe-

larla en el primer instante. Al lograrlo, al cabo—quedando medio ciego por faltarle los lentes que se le cayeron—echó mano con presteza de su revólver, que se hallaba sobre la mesa de noche, como apelando a inopinado supremo recurso, con la única intención de atomizar a Adela y conseguir que se marchara. Así, pues, temblando de pies a cabeza, por la excitación del violento esfuerzo gastado en la lucha que acababa de tener, con voz enronquecida, débil, volvió a apremiarla:

—¡Por Dios santo, mujer, lárgate, sal de aquí!

—Véanlo!—exclamó ella con tono y refín de burla.— Me amenazan con revólver? ¡Bah! Bien has de tener sabido que yo no tengo miedo a nada. Pero, no perdamos más tiempo y tengamos la fiesta en paz; hay que acabar... ya me voy; pero ha de ser con Carlos. Permite siquiera que lo vea y lo bese. Anda, anda a traerlo.

—Te he repetido mil veces —apuntó Teófilo balbuciente, pues, fatigado aún, apenas podía expresarse—que nunca, jamás; que no aguardes tal cosa; que mi hijo es mío, mío no más, puesto que tú lo abandonaste.

Al escuchar esto, la mujer se enajenó, enfureciéndose; el bello rostro, raudamente, de encarnadino pasó a purpúreo. Avanzó hacia el marido y, manoteando provocadora, le arrojó a la cara estas crueles sorprendentes palabras, que se creyera ansiaba fueran carbones encendidos:

—¡Eh! ¡Mentira! ¡Mentira! Tonto, más que tonto. ¿Qué estás diciendo? ¿Conqué has estado figurándote que Carlitos es tu hijo? Eso querrias, majadero. Ya es tiempo de que lo sepas; óyelo bien, so cangrejo, ese niño es mío, mi hijo; pero — ¡entiéndelo, entiéndelo!— tú no crees su padre.

Mientras Adela iba hablando, el semblante de Teófilo se descomponía, pintándose en él aterrador asombro, con ojos de lividas ojeras desmesuradamente abiertos; mas, cuando la última frase, con la temeraria inaudita revelación, le taladró el pecho como agudo calcicante dolor, su diestra, acaso por sí sola, levantó el revólver, disparando sobre Adela, que rodó por el suelo, murmurando sórdidamente:

—¡Canalia, me has matado!

—¡La he matado...! Me ha robado mi hijo... ¡Mi hijo!—bisbiso Riquelme anonadado, temblеqueante, sollozando. De súbito un frunce trágico, apareció en su frente y, como un relámpago, una nube sangrienta pasó ante sus ojos. No pensó más; con rápido ademán llevó el revólver al sitio donde el

miserico corazón golpeaba furiosamente, como para abrirse paso, e hizo fuego; y se desplomó exánime.

— ¡Tremendo drama!—exclamé yo. — ¿Con qué así pasó realmente?

—Sin ningún género de duda: el horroroso acontecimiento así pasó. Josefa, la doméstica, me contó que, oyendo a Teófilo hablar con alguien, se aproximó a la puerta de comunicación y pudo cerciorarse de que era con una señora, pero que vióse obligada a dejar el atisbo, para contener al niño en el interior e impedir que viniera a molestar al padre; que el primer tiro aunque lo oyó, se le figuró cosa de la calle, no así el segundo, que le heló la sangre con gran susto y la hizo correr, al cuarto del señor, donde no sabría decir cómo pudo tenerse en pie, ante el terrible y pavoroso cuadro que se presentó ante su vista.

—Pero, bien.— me permití insinuar — queda, pues, demostrado que Adela declaró en el proceso la verdad, al asegurar, que ella no fué quien dió muerte a D. Teófilo.

—Declaró la verdad, sí; pero en parte. Su bien conocido carácter y luego las cartas que se encontraron dirigidas por ella a su marido, la condenaban; en tanto que a favor de Teófilo había su modo de ser sencillo, suave, recto de toda la vida. Nadie juzgó verídico aquello de que para impedir que le arrebatara a su hijo, Teófilo hiciera fuego contra ella, matándose en seguida por creerla muerta, según ella declaró; porque en realidad, era inverosímil que Teófilo hubiera procedido de esa manera sólo por un conato de rapto del chico. — Nada claro quedó entonces averiguado y las cosas hubieran permanecido en el misterio, a no venir ahora Adela moribunda a descosrer el velo. Como te referí, esta desgraciada me mandó suplicar fuera a verla. Lo que ansiaba era que yo, el tutor de su hijo, supiera por ella misma — que en la hora suprema de la muerte se hallaba — que no fué ella quien mató a su marido; que esto me lo declaraba bajo juramento, a fin de que yo cuidara de que nunca jamás llegara hasta su hijo la críminosa falsedad que se había pretendido imputarle. Esto era lo que ardentemente deseaba Adela; pero no siendo posible que yo admitiera lisa y llanamente su pretensión, tuve que recordarle las objeciones que a su declaración se hicieron; mas ella no hacía otra cosa que repetir, llorando y más llorando, que ella no mató a Teófilo, que él se suicidó. Necesario era saber, en conclusión, toda la verdad de lo acontecido, y, ciertamente, la ocasión era única; por lo cual hice presente a la en-

firma que su afirmación no era creíble por más que la reiterase, y yo no podía acogerla; que indudablemente, ella no relataba todo lo ocurrido aquel día nefasto y que, de seguir ese sistema no podría ella lograr el objeto que la había inducido a llamarme. Ratificó una vez y otra que en el relato del suceso nada había suprimido y me dejó ir, gimiendo calladamente. De acuerdo con mi ofrecimiento, al día siguiente volví; y apenas me senté cabe su lecho, sin esperar instancia de mi parte, la desventurada mujer, en frases truncadas por los sollozos y la disnea, por fin, me contó el horrendo detalle de la revelación hecha a Teófilo, que originó el repentino sangriento drama. Cuánto costó esta confesión a Adela se adivinaba sólo con ver la angustia que acusaba el rostro cadavérico y el congojoso atuhelar del oprimido pecho. Pero, acto seguido, con inesperada fuerza de voluntad, se irguió cuanto le fué posible y cogiéndome las manos, con gran vehemencia habló así:

—Pero, oiga: eso que, dije yo a Teófilo... perdón, perdón... era una mentira... sólo una mentira... porque pensé que así me daría al niño... No vaya Ud. a creer... ¡Fué mentira, nada más... El padre de Carlos era Teófilo... Esta, ésta es la verdad... don Enrique, por Dios, don Enrique — añadió con urgente afán, casi sin poder ya articular sílaba — cuide de que Carlos viva siempre seguro de que yo no maté a Teófilo, su buen padre... ¡Ay! ¡Mi hijo!... mi hijo... No sé, no sé cómo he tenido fuerzas, durante tantos años para soportar el castigo que me impuse de no verlo... ¡Ay!... En fin, todo por él... Todo por su felicidad... Béselo Ud. por mí muchas veces... muchas...

—Estas solemnes memorables palabras de Adela las tenía Enrique escritas y las leyó enternecido, con voz insegura. En seguida, puso punto final, declarando que la verídica dramática relación de la vida de D. Teófilo Riquelme y de su mujer había terminado. — Mi amigo, claramente, dejaba comprender que estaba satisfecho, complacido del desenlace; pero, lo confieso, yo no pude evitar que en mi mente surgiera esta interrogación: ¿Por qué no podría ser la *mentira* declarada como tal por Adela la verdad verdadera, que la madre quiso ocultar? Adela era como era; y el novelista por eso, se atreve a pensar que, cuando nuevos, esa *mentira* es sospechosa.

Juan Illingourth

Guayaquil, Diciembre, 1926.

BIBLIOGRAFIA

LIBROS Y FOLLETOS

La Decadencia de Occidente.—Bosquejo de una morfología de la historia universal, por Oswald Spengler.— Volumen IV. — Espasa-Calpe, S. A.—Madrid.

Monografía del Azuay, por el Capitán Luis F. Mora y colaboración de las mejores plumas azuayas: Crespo Toral, Peralta, Cordero Palacios, Díaz, etc.—Envío del M. I. Concejo Municipal de Cuenca.

Hacia Indolatínia, por Víctor J. Guevara. — (Apuntes para la potencia de una doctrina Americana).— Cuzco—Perú.

Crónicas del Centenario de Ayacucho, de Rogelio Sotela.—San José, Costa Rica.

Fundamentos de la Anterosofía.— (La ciencia que florece), por Manuel Núñez Regueiro (Profesor de Filosofía de la Universidad del Litoral). — Rosario, de Santa Fe.—R. Argentina.

Anterosofía Racional, por Manuel Núñez Regueiro.— Argentina.

La Visión, poema en tres cantos y en verso, por Miguel Raeh Isla.— Bogotá—Colombia.

Tú no Sirves....— Novela, por César Brañas.— Edición de "El Imparcial", de Guatemala.

Espigas al Viento. — Crónicas—, por Alejandro Córdova.— Edición de "El Imparcial", de Guatemala.

Espigas de la Noche, por Ricardo Alvarez.— Quito—Ecuador.

Biología de la Democracia (Ensayo de sociología americana), por Alberto Lamar Schweyer.— La Habana—Cuba.

La Crisis Económico-Financiera del Ecuador, por Luis N. Dillon.— Quito—Ecuador.

Los Pedagogos de la Libertad, por Emilio Uzcátegui.— Quito—Ecuador.

Juan Montalvo.—Cartas publicadas por el I. Concejo Municipal de Cuenca. — Cuenca, Ecuador.—1927.

Zoología.— Libro destinado al Preceptorado Nacional, Colegios de Enseñanza Secundaria, Institutos Normales, Seminarios, Liceos, etc., por Abelardo Flores.— Libro Primero.— Quito—Ecuador.

El Problema de la Cultura Ecuatoriana (Tesis al grado de doctor en jurisprudencia), por Aurelio H. García. — Quito—Ecuador—1927.

Album Histórico de Aguada, P. R. Villa de Sotomayor, por el Lcdo. Eugenio González, Presidente de la Liga Patriótica de Aguada. Puerto Rico.

La Divina Patoja (novelita), por César Brañas.—Guatemala, 1926.

Sor Candelaria (Leyenda Lírica), por César Brañas.— Guatemala.

Primavera Interior (poesías), por Aguilera Malta—Pérez Concha. — Guayaquil, Ecuador.

Notas y comentarios de los libros y folletos recibidos se darán en ediciones posteriores.

REVISTAS

Nosotros, Revista mensual de letras, arte, historia, filosofía y ciencias sociales.— Directores: Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Guisti; Secretario: Emilio Suárez Calimam.— Buenos Aires, R. Argentina.

El Figaro, Revista universal ilustrada.— Director y Subdirector: Dr. Ramón A. Catalá y René Lufriu. — Habana, Cuba.
Cultura Venezolana, Revista mensual.— Director: José A. Tagliaferro.— Caracas, Venezuela.

Sagitario, Revista de humanidades dirigida por Carlos A. Amaya, Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte; Secretario: Pedro A. Verde Tello.— La Plata, R. Argentina.

Nuestra América, Revista mensual de difusión cultural americana.— Director: Enrique Stefanini. — Buenos Aires, R. Argentina.

Répertorio Americano, Semanario de cultura hispánica, de filosofía y letras, artes, ciencias, y educación, misceláneas, y documentos.— Director: J. García Monge.— San José, Costa Rica.

Revista de las Españas, Órgano mensual de la "Unión Ibero-Americana". — Año II, Nos. 5-6.—Madrid, España.

Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes.— Director: Juan B. Acebedo.— Año VI, N° 48.— Madrid, España.

Revista Ariel, Quincenario de letras, artes, ciencias y misceláneas. — Director: Froylan Turcios.— Año III, Nos. 39 y 40.— Tegucigalpa, Honduras.

Orto, Revista quincenal ilustrada de literatura y arte.—Directores: Juan F. Satriol y Angel Cañate Vivó.—Año XVI, N° 9.—Manzanillo, Cuba.

Santafé y Bogotá, Revista mensual.—Directores: Víctor E. Caro y Eduardo Guzmán Esponda.—Año V, N° 52.—Bogotá, Colombia.

Perfiles, Quincenario ilustrado de literatura, artes y ciencias.—Director: Antonio Reyes.—Año III, N, 60.—Caracas, Venezuela.

Espirales, Revista moderna ilustrada, de literatura, arte y actualidades.—Año I, Nos 1, 2, 3 y 4.—Quito, Ecuador.

Memorias de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española, Nueva serie, entrega sexta.—Quito, Ecuador.

Claridad, revista universitaria bimestral, de literatura, arte y ciencia.—Director: Augusto del Pozo.—Año I, Nros. 5-6.—Quito, Ecuador.

Educación, Revista mensual para el Magisterio.—Órgano de la Dirección de Estudios de Pichincha.—Director: Emilio Uzcátegui.—Año I, N° 12.—Quito, Ecuador.

Mirando Vivir.—Directores: Jorge R. Forteza y Francisco C. Bendicente.—Año I, N° 7.—Rosario.

Revista del Colegio "Bernardo Valdivieso", Publicación trimestral de educación, ciencias y literatura.—Época II, N° 3.—Loja, Ecuador.

Letras y Números, publicación mensual de la Librería e Imprenta "Gutenberg".—Nos. 47-48.—Guayaquil, Ecuador.

Gaceta Municipal.—Año XIII, N° 15. Quito, Ecuador.

Revista Municipal, Órgano del I. Ayuntamiento de Guayaquil (Ecuador).—Año 11, N° 7.

Renovación, Órgano de la Sociedad General de Empleados.—Director: Rosendo Naula M.—Año I, N° 5.—Guayaquil, Ecuador.

La Aurora, Publicación mensual ilustrada.—Director: Agustín A. Freire.—Año XII, N° 126.

El Estudio, Revista mensual espiritista.—Órgano de la Sociedad de Estudios de Psicología Experimental.—Director: Francisco Roldán Hidalgo.—Año I, N° 19.—San José de Costa Rica.

Hero, Magazine Latino-americano.—Director: Anastasio Fernández Morera.—Año XIX, N° 4.—Sancti-Spiritus, Cuba.

El Consultor Bibliográfico, Publicación

mensual.—Año III, N° 18.—Barcelona, España.

Nuevos Ritos, Revista de artes, ciencias y letras.—Director: Ricardo Miró.—IV época, N° 179.—Panamá.

La Sierra, Revista mensual de letras, ciencias, arte, historia, ciencias sociales y polémica.—Órgano de la Juventud Renovadora Andina.—Año I, Nos. 1, 2 y 3.—Lima, Perú.

Cultura, Revista mensual de propaganda ambateña.—Órgano del Colegio Nacional "Bolívar".—Año 1, N° 11.—Ambato, Ecuador.

Savia, Revista mensual ilustrada de literatura, arte y actualidades.—N° 26.—Guayaquil, Ecuador.

Universal, revista femenina ilustrada.—Doctrinaria y de propaganda comercial.—Directora: Elisa Rodríguez Parra de García Sotell.—Año IV, Nos. 28, 29 y 30.

Ilustración Nariñense, revista mensual ilustrada.—Director: Rafael Delgado Ch.—Serie II, N° 21.—Pasto, Colombia.

Ciencias y Letras, Revista mensual de difusión científico-literaria.—Directores: Dres. J. Ricardo Palma y Bartolomé Huerta.—Guayaquil, Ecuador.

Anales de la Universidad Central, publicación trimestral.—Dirección: Dr. Alberto Larrea Ch., Dr. Aurelio Mosquera N., Dn. Luis G. Tufiño, y Secretario Dr. Catón Cárdenas.—Tomo XXXVIII, N° 259.—Quito, Ecuador.

Revista de la Sociedad "Jurídico-Literaria".—Tomo XXXIII, N° 119.—Quito, Ecuador.

Boletín Histórico de Puerto Rico, publicación bimestral.—Director: Dr. Cayetano Coll y Toste.—Año XIII, N° 6.—San Juan, Puerto Rico.

Revista de la Universidad de Cuenca.—N° 8.—Cuenca, Ecuador.

Revista de Industrias, Publicación oficial del ministerio del ramo.—Volumen III, N° 35.—Medellín, Colombia.

Entelequia, Órgano de la Sociedad "Estudios Sociales".—N° 1.—Quito, Ecuador.

El Globo, revista mensual ilustrada, de pedagogía, literatura, ciencias, artes, industria y comercio.—Año II, N° 21.—Quito, Ecuador.

Loxa.—Literatura, ciencias, humanidades y política.—Director: Eduardo Mora Moreno.—N° 3.—Loja, Ecuador.

Revista de Instrucción Primaria.—Órgano de la Dirección de Estudios de Imbabura.—N° 9.—Ibarra, Ecuador.

REVISTAS

que deben solicitar las personas que se interesan por la cultura Hispánica

<p>NUESTRA AMERICA</p> <p>REVISTA MENSUAL de difusión cultural Americana.</p> <p>Director : <i>Enrique Stefanini</i></p> <p>DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: San Eduardo, 2521 Buenos Aires</p>	<p>Repertorio Americano</p> <p>Semanario de cultura Hispánica, de Filosofía y Letras, Artes, Cien- cias y Educación, Mis- celáneas y Documentos.</p> <p>Publicado por <i>J. García Monge</i> Apartado Letra X</p> <p>Suscripción anual: \$ 6 oro americano</p> <p>San José, Costa Rica C.A.</p>	<p>Revista de las Españas</p> <p>Organo mensual de la <i>Unión Ibero-Americana</i></p> <p>Suscripción: América y España, un año 15 pts. Número suelto 3 id.</p> <p>Calle de Recoletos, Nº 10—Madrid</p>
<p>Revista Hispano-americana</p> <p>de Ciencias, Letras y Artes</p> <p>Director : <i>Juan B. Acebedo</i></p> <p>La correspondencia debe dirigirse a José M^a de Gamonedá</p> <p>Calle de San Agustín, Nº 7 Madrid, España</p>	<p>El Consultor Bibliográfico</p> <p>Publicación mensual</p> <p>Suscripción anual, en los países de la lengua española o portuguesa, 5 ptas.</p> <p>Dirección y Administración: Múntaner, 328 Barcelona, España</p>	<p>ORTO</p> <p>Revista Quincenal Ilustrada de Literatura y Arte</p> <p>Directores: <i>Juan F. Saviol</i> <i>Angel Cañate Virob</i></p> <p>Apartado Nº 154 Manzanillo, Cuba</p>
<p>HERO</p> <p>Magazine Latino Americano</p> <p>Director : <i>Atanasio Fernández Morera</i></p> <p>Suscripción para España y América: Semestre, 2 dólares Un año, 4 dólares</p> <p>Oficinas: Céspedes, 25 y 36½ Sancti-Espiritus, Cuba</p>	<p>Santafé y Bogotá</p> <p>Revista Mensual</p> <p>Directores: <i>Víctor E. Caro</i> y <i>Eduardo Guzmán</i> <i>Espouda</i></p> <p>Apartado Nº 541 Bogotá, Colombia</p>	<p>PERFILES</p> <p>Quincenario Ilustrado de Literatura, Artes, Ciencias y Actualidades</p> <p>Director: <i>Antonio Reyes</i></p> <p>Apartado Nº 434 Caracas, Venezuela</p>

ZOOLOGÍA



Hállase de venta en las principales librerías el **PRIMER TOMO** de esta obra
del **Profesor Normalista ABELARDO FLORES**

TEXTO PEDAGÓGICO arreglado de acuerdo con los principios de la
MODERNA ESCUELA DEL TRABAJO, destinado al Preceptorado, Colegios
de Segunda Enseñanza, Normales, Seminarios, Liceos, etc.

Está en prensa el Primer Volumen de la **BOTÁNICA** del mismo Autor.

Ambas obras han merecido la aprobación de notables Profesores de Ciencias
Biológicas de la Universidad Central y del Instituto Nacional «Mejía».

Para pedidos dirigirse al Autor.—Quito-Ecuador